AÑO IV — BUENOS AIRES, 12 DE OCTUBRE DE 1925 — No. 194

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

FRANCISCO FERRER Y LA GUERRA

Había en Francisco Ferrer la adamantina voluntad de un rebelde y también la fe de un iluminado. Si Arquímedes pedía un punto de apoyo para que con su palanca pudiese levantar el mundo, la rebeldía de la parte más sana de la humanidad está buscando ese punto donde apoyarse a fin de comenzar a crear un nuevo mundo. Ferrer poseía, en su máxima intensidad, la virtud del insumiso. No la del sólo coraje físico, sino la activa independencia y el valor moral.

En los magnos artistas que de trecho en trecho jalonan las épocas, latía la eterna rebelión de quien se siente desterrado, contra lo que hay de parvo y menguado en la existencia que se empeñan en padecer y conducir resignadamente las grandes mayorías. En un rebelde, por su afán de lucha superior, de redención y utopía también, hay un artista en toda su primitiva fuerza y potencialidad. Ejercerá su gesta heroica en la acción. La arcilla que modelara sus mortales manos será la de los acontecimientos cotidianos y los hombres que intervengan en ellos.

Ferrer, por esas sus más relevantes características, se asemeja un poco a los héroes y apóstoles que intentaron formular un estado de alma colectiva, por encima de las contingencias del prosaico vivir. Ellos no hubieron de necesitar la materialidad de la escritura, del sonido musicado y de los colores, como cualquier artífice. Les bastó la vitalidad llameante de su espíritu para erigir esa obra de arte, tallada en la roca viva y abrupta de la realidad hosca de la vida.

En un poco más o menos, se diferencia Ferrer de lo que la burguesía, en defensa de sus intereses monstruosos tilda de agitadores y pervertidores de la masa. El perseguía constantemente un ideal que, obsesionándole, le urgía entregarse a las más contrapuestas y diversas actividades.

Casi todas ellas convergían a un solo núcleo o centro: suscitar un nuevo espíritu en las masas y en su juventud para formar un ambiente revolucionario tendiendo a librar la batalla decisiva contra todo lo estatuído. Era el sueño utópico que le imantara durante la mayor parte de su vida. Para el acercamiento de esa quimera, en la que creyera más que en las realidades vistas por sus ojos, lo había dado todo en un desinterés inigualado.

Como educador hubo de dirigirse a la enseñanza en demanda de armas para debelar los prejuicios perniciosos inculcados por los colegios clericales y del Estado. Quería esparcir a manos llenas nociones e ideas que sirviesen de antídotos a las mentes infantiles y adolescentes.

El apresurado sembrador, es posible no pudiera observar la actitud de los pedagogos profesionales. Tampoco para su caso le sirviera Pestalozzi ni la escuela de Yasnaya Poliana. Se trataba, además, de otras condiciones y de un distinto material humano. Indudable es que hubo de cometer yerros, más son los errores de un espíritu que peca por desbordante y generoso. Son, por eso, errores grandes y nobles, en abierta contraposición con los de sus detractores, quienes, por impotencia, producen errores de una mezquindad desoladora.

Por cierto no deseamos discutir la inusitada importancia de los resultados que se pudo obtener y se obtuvo por este ensayo fragmentario de la escuela racionalista. En otro lugar y bajo una firma responsable se intenta hacerlo.

Partidarios fervientes de la búsqueda de la verdad, anhelamos se haga la ma-

yor luz en nuestros asuntos a fin de rectificar conceptos y métodos tácticos. Y en este problema de la educación racionalista, o la que se propone el libre examen, urge se identifiquen sus fallas, sus deficiencias y lo contraproducente de sus normas de enseñanza. Sería ceguera lamentable por parte nuestra engañarnos con el verdadero valor de quienes consideramos como nuestras figuras singulares.

Por lo pronto, voluntariamente quisimos hacer resaltar ese gran acendrado valor moral que en él fué preeminente y le hizo aceptar la muerte con el estoicismo de un héroe.

Si el presente número entiende rememorar al que fuera fusilado en el castillo de Montjuich, también intenta traer al recuerdo que la guerra de Marruecos, en el apogeo de bárbara carnicería de estos días, hubo de provocar, en aquel entonces, la memorable protesta del pueblo barcelonés. Aquellas jornadas aterradoras surgieron entre el pavor y la sangre de una masa en abierta rebelión, que defendiéndose de la soldadesca y de la policía quería impedir se enviase a la masacre la flor de la juventud española para arrojarla por el despeñadero marroquí. Y para conseguirlo ofrecían sus vidas en holocausto. No era este un gesto consciente ni razonado, sino un impulso instintivo y espontáneo.

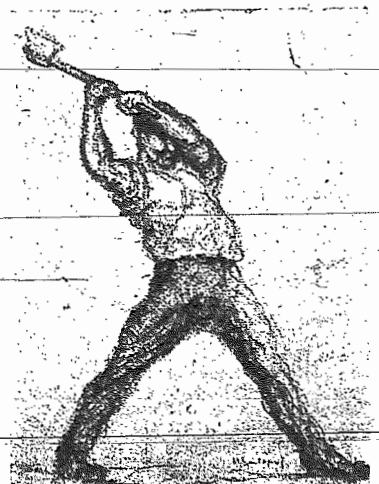
¿El espíritu de Ferrer pudo engendrar este encandecido estado de ánimo en esa colectividad? Las asonadas, así como las pequeñas revoluciones parecen obedecer a leyes fatales e inexorables, como las mismas que rigen un ciclón o una tormenta marina. Sí; es verosímil que la semilla esparcida por la Escuela Moderna hubiese fructificado, y en álgo tenía su parte en el desencadenamiento de la fuerza popular. Pero es tonto atribuirle una exagerada importancia a una propaganda didáctica y a las actividades de Ferrer. Si fuera así, muy fácil sería forjar movimientos revolucionarios.

No; Ferrer y su escuela hubieron de ser solamente uno de los tantos factores. Es que las clases burguesas trastruecan los efectos por las causas. Y la raíz de esta causa está en ellos mismos y en las guerras depredatorias que emprenden con fines rapaces y bajamente utilitarios.

En estos días de amilanamiento, y particularmente para el suelo ibérico, ha de añorarse una personalidad de tan subido valor moral como la de Ferrer, que en un instante de marasmo y de amilanamiento colectivo supo erguir a los cuatro vientos su protesta temeraria y valiente subrayando su gesta con la pérdida de su vida.

Fué la idea que nos indujo a enlazar esta efemérides a la guerra que está desangrando a España, en un ininterrumpido torrente de sangre y de oro.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $



Francisco Ferrer – Su verdadero espíritu y su escuela

La pedagogía fué una de las cuestiones culturales que hubo de preocupar bastante a los camaradas, en años precedentes, en años anteriores a la gran guerra.

Entre los pueblos de habla castellana el que abordó con más bríos, con más devoción y hasta con mayores recursos económicos este problema fué, al parecer, Francisco Ferrer. Su ensayo pedagógico no se circunscribió a la Escuela Moderna de Barcelona sino que de allí ganó los suburbios de dicha ciudad y se ramificó por entre numerosos pueblos y comarcas de España, y, más particularmente, de Cataluña. Pero, es necesario que digamos hoy la verdad sobre el espíritu verdadero de Francisco Ferrer, aunque ello esté en contradicción con las opiniones de muchos, con las opiniones de aquellos camaradas que creen que Ferrer era un inofensivo maestro de escuela y nada más.

En realidad no fué sólo Ferrer ni fueron solamente ideas suyas lo que en la Escuela Moderna se puso en práctica. Lo que allí se hubo de ensayar, con el concurso personal de Ferrer, claro está, fué un intento de hacer anarquistas, con libros de texto anarquistas. Y el animador espiritual, el propulsor y hasta el sugeridor principal de este intento no fué otro que Anselmo Lorenzo, a quien Ferrer confió la gesta y orientación de la Escuela Moderna. Todo lo que ésta haya hecho y haya sido como error o como acierto debe atribuirse, pues, en primer término, a Lorenzo.

Ya es hora de que se digan estas cosas ahora que los años han transcurrido y que ambos camaradas yacen al otro lado, del lado allá de los muertos. Y también que entremos directamente en la entraña de su labor escolar y digamos lo que la experiencia nos sugiere a propósito de este asunto.

La Escuela Moderna de Barcelona, como ensayo pedagógico, fué un gran fracaso. Y no por efecto de la represión contra la cabeza más visible de la escuela, sino por defectos fundamentales del sistema y por los frutos que ella dió. Numerosos de sus alumnos, que en su infancia no recibieron otras enseñanzas que las profesadas por maestros anarquistas llegaron, cuando grandes, a confundirse con la multitud. Se casaron por el civil o por la iglesia, sirvieron al Estado, cuando a muchos de sus alumnos les llegó la edad militar, y, en los demás órdenes de la existencia la mayoría de ellos hicieron, cuando hombres, ni más ni menos de lo que hacen en vida los demás.

Y es que la escuela, de cualquier tendencia que sea, no lo es todo en la formación moral del ser. Digámoslo así para consuelo y justificación de algunos malogrados esfuerzos que aún se hacen sentir entre nosotros. Pero no es de esto de lo que ahora se trata.

Lo que se desea abordar brevemente aquí es la naturaleza inadecuada del texto de la Escuela Moderna, para que sirviera de norma o de base para una pedagogía en general, y situar a Ferrer en el lugar correspondiente.

Repásense los libros de texto escolares, que se daban en la Escuela Moderna, desde la cartilla al último libro de ciencia y el que sepa un poco lo que es un aula, y haya estado por espacio de varios años en estrecha intimidad con el mundo infantil, verá pronto lo improcedente de la mayor parte de dichos libros para educar objetivamente a la niñez.

Si exceptuamos "Las Aventuras de Nono", libro el más infantilmente escrito, y por consiguiente el más apropiado, pero, al mismo tiempo antididáctico por su única y extensa narración, vemos en seguida que en los libros de la Escuela Moderna no se halla comprendida o compendiada el alma infantil, con su inmenso torbellino de sentimientos y pasiones, ideas y deseos.

Textos doctrinarios, escritos por propagandistas del anarquismo o por amantes apasionados de la ciencia, de la historia o de la revolución, se suceden unos a otros sin orden ni gradación perfectos. Libros de doctrina, buenos para convencer a los neófitos, sobre la justicia de nuestras ideas, pero, incomprensibles para la mente infantil que necesita ser educada dentro de la pequeñez de su mundo y tomando por base las cosas y los objetos que haya en torno de ella.

Toda pedagogía, que pretenda ser racional, debe tomar al niño tal cual la naturaleza lo ha hecho y después de muchas y pacientes observaciones suministrarle aquella dosis de conocimiento o de enseñanza que concuerde con su alma y satisfaga sus deseos, despierte su curiosidad. Para una tarea de esta índole el programa escolar es lo más antipedagógico que se conoce. En toda buena enseñanza racional primero debe ser el niño; luego la observación y posteriormente el método y el sistema que le correspondan.

La Escuela Moderna de Francisco Ferrer adoleció de los mismos defectos de que adolecen la generalidad de las escuelas comunes, de no importa la tendencia que sean. En ellas primero se traza el programa, lo que se denomina plan de estudios, y una vez confeccionado éste se encaja al niño dentro de él. Ancho o estrecho, largo o corto el plan debe aplicarse a todos por igual.

Empero los planes de estudio, que contienen alguna parcela de realidad se han confeccionado tomando por base observaciones posteriores de maestros y pedagogos que vieron en la escuela un medio de experimentación. La escuela como centro de experiencia está todavía en ciernes. A las escuelas concurren diariamente millares de maestros y maestras a suministrar al niño lo incipiente de nuestro saber. ¿Qué maestro, qué psicólogo, qué hombre de ciencia va a la escuela con fines de estudio? Bien pocos.

Centros de experimentación escolar fueron los creados por Pestalozi, Tolstoy, el propio Faure y posteriormente la escuela Montessori. La Escuela Moderna no tuvo tal propósito. Era una escuela hecha y no una escuela en formación. Nació munida de atributos, de programas y de aparatos sin haber visto antes ni a una sola cara infantil. En esto está el equívoco y también la causa de su escasa transcendencia, de su rotundo fracaso.

Es imposible extenderse ahora más aquí, en forma detallada, porque ello nos llevaría muy lejos. Y todavía no hemos dicho nada del hombre, del Ferrer revolucionario que, por esta su importante virtud, valía más, mucho más que el Ferrer maestro de escuela.

* * *

Más que un pedagogo Francisco Ferrer fué un revolucionario. Si por su temperamento rebelde Ferrer no hubiera trabado relación con Anselmo Lorenzo y otros es muy probable que de figurar hoy en la lista de los mártires de la libertad no sería con el San Benito de mártir de la Escuela Moderna.

El que Ferrer prodigara sus medios, y hasta una parte de sus esfuerzos personales, a la escuela no quiere decir que fuera un convencido de ella, en el sentido de creer que en sus aulas se hallaba la posibilidad y el medio únicos de transformación social.

Su espíritu rebelde e insumiso se complacía en tener abierto, en Barcelona, un centro escolar revolucionario porque ello concordaba con su carácter y armonizaba perfectamente con su vida de eterno conspirador. Aquellos de sus defensores, que en tiempos de sus ruidosos procesos y hasta despues de su muerte, se esforzaron por limpiar a Ferrer de la mancha de revolucionario, no le hicieron un grande honor. Pase todavía que para arrancarle de las garras de la justicia española, se falsearan la verdad y los hechos, en que Ferrer intervino. Pero, despues de la muerte suya, y de su principal colaborador, y ahora que de la Escuela Moderna no queda más que un infortunado recuerdo, bien se puede restablecer la verdad y situar a Francisco Ferrer en el lugar que lógicamente le corresponde.

Dice Pío Baroja, en uno de sus libros, que en España no hubo más revolucionarios que Francisco Ferrer. La parte de honda verdad que esta afirmación encierra es necesario que sea reconocida y hasta reivindicada por el revolucionarismo español.

Francisco Ferrer fué, en vida, uno de los pocos hombres que en España conspiraban en grande escala. Ferrer vivía para la revolución y todos sus actos, sus movimientos, sus palabras y sus propósitos, sus medios y sus continuos viajes tendían al mismo fin. No hubo revuelta en España, abortada antes o después de producirse, en la cual no haya intervenido la mano, oculta o visible, de Francisco Ferrer.

Por su característica, por su pasión revolucionaria, Ferrer era una supervivencia, en España, del espíritu romántico que antaño se hallara infusionado en el alma de los revolucionarios del siglo pasado, desde Marat a Bakunin. Tanta era su pasión revolucionaria, tal anhelaba de tal manera la revolución en España que no hubiera trepidado en complotarse con los mismos reaccionarios que lo fusilaron si en ellos hubiera visto una posibilidad de revolución.

Para conseguir su propósito Ferrer se valía de todos los medios y se comprometía con todos los hombres fueran ellos políticos o antipolíticos, militares o anarquistas, masones o antimasones, burgueses o proletarios. Lo poco que ha dejado escrito, sobre los problemas de la enseñanza, y que no tiene ningún valor pedadógico, evidencia, a las claras, lo poco que le preocuparon estas cuestiones, los romances literarios.

Si los hombres, de cualquier clase y condición social, con quienes Ferrer intimó hablaran, el nombre suyo se transmutaría y el mundo, que lo cree un mártir de la enseñanza, sufriría una decepción. Sólo por el testimonio de las personas que con él conspiraron se podría reconstruir la personalidad revolucionaria de Francisco Ferrer. De otro modo es imposible. Los procesos ruidosos, las persecuciones y las revueltas que en vida suya hubo en España burrieron con todo testimonio escrito con lo cual podría intentarse un esbozo biográfico del Francisco Ferrer auténtico. Además, Ferrer obraba con mucho sigilo y como tenía recursos económicos más que suficientes, prefería arreglar los asuntos y las combinaciones personalmente, transladándose de un punto a otro, antes de confiar los secretos a una hoja endeble de papel.

Para la revolución española Ferrer fué una pérdida inmensa, una pérdida irreparable. De haber vivido en los años turbulentos en que la revolución rusa era un motivo permanente de subversión universal, Ferrer hubiera sido uno de sus más ardientes propulsores, dentro de España. Y la huelga general de 1917 hubiera tenido, en él, uno de sus más eficaces colaboradores. Y lo mismo puede decirse si hablamos del momento actual. Si hoy viviera, Ferrer sería uno de los adversarios más temibles del Directorio español. Conspiraría con todo el mundo con los emigrados de París, o de cualquier otra parte, y no sería nada extraño verle por los pueblos de Cataluña organizando *l'Escamot*, es decir, los cuadros del futuro ejército insurrecto de allí.

Un hombre que había conspirado como él lo hizo debía forzosamente morir como él murió. Sereno, valiente, altivo, pero, sin jactancia, y consciente de que este era el fin que le acechaba en los comienzos de cada revuelta o al final de cada abortada revolución.

A las nueve de la mañana del día 13 de octubre de 1919 Ferrer fué fusilado.

La horda inconsciente que en España se halla incondicionalmente al servicio de la Monarquía y de la Iglesia, cumplió la fatal sentencia.

— Durante la noche anterior Ferrer estuvo imperturbable. Conversó, la mayor parte del tiempo, con un notario que se

bió al castillo, para recibir su voluntad testamentaria.

Como era ya de suponer Ferrer rechazó los ridículos auxilios que Dios le enviara por intermedio de uno de sus ministros. Escribió a sus deudos, y a sus amigos más íntimos, dándoles aquellos consejos u opiniones concordantes con su alma, de temple demoledor.

Poco menos de las 9 serían cuando la cohorte de esbirros militares, de seres miserables, se dispuso a la matanza. Con paso reposado, pero firme, Ferrer salió de su última estancia, camino de la eternidad. Durante la marcha hubo de ser todavía importunado por el representante de la Iglesia a quien nuevamente rechazó y rogó, insistentemente, que le dejara ir solo.

Una vez llegado al final de su ruta, al ver que los verdugos de Alfonso XIII iban a vendarle los ojos les pidió que le dejaran recibir la muerte de frente, con la cara descubierta y de pié. Ni este último deseo le fué otorgado por completo. Se le vendaron los ojos, si bien se le permitió que muriera de cara a los fusileros, enhiesto, de pié. Una descarga fatídica vibró pronto en el espacio.

Cuando Ferrer estaba muerto se vió que varias balas le habían destrozado el cerebro y perforado la garganta. Aquel día la España negra se vistió de gala mientras que el dolor inundaba el corazón de los parias rebeldes, de los revolucionarios de verdad.

Una ola de protesta universal levantóse espontáneamente en la atmósfera, por este asesinato. Es que vivíamos entonces en los tiempos aquellos en que el internacionalismo no era solo una palabra. Había en ella, por lo menos en cierto grado, un fondo de realidad sustancial, que hoy se halla debilitado enormemente.

Enrique Nido

EL RELEVO

El alba grisácea se extiende con trabajo sobre el informe paisaje, todavía negro. Entre el camino, en pendiente, que a la derecha desciende de las tinieblas y la nube sombría de los bosques de los Allent, donde se oye, sin verlos, los atalajes del tren de combate aprestarse y prevenirse, se extiende un campo. Hemos llegado a él, los del 6o. batallón, al fin de la noche. Hemos formato pabellones, y, ahora, en medio de este circo de vago resplandor, los pies en la bruma y en el barro en grupos sombríos, apenas azulados, o cual espectros solitarios, nos estacionamos con las cabezas vueltas hacia el camino que desciende de allá abajo.

Esperamos el resto del regimiento: el 5o. batallón, que estaba en primera línea y que ha abandonado las trincheras después que nosotros...

Un rumor...

—¡Ya están aquí!...

Una larga masa confusa aparece al oeste, y se vuelca, como un resto de noche, sobre el crepúsculo del camino.

¡Por fin! Ha acabado este relevo maldito, que comenzó ayer a las seis de la tarde y ha durado toda la noche; y ahora, el último hombre ha puesto ya el pié fuera del último ramal.

La estancia en las tricheras ha sido, esta vez, horrible. La 18a. compañía estaba a vanguardia. Ha sido diezmada: diez y ocho hombres muertos y una cincuentena de heridos; un hombre de cada tres en menos de cuatro días, y eso sin ataque, sólo por el bombardeo.

Se sabe esto a medida que el batallón, mutilado, se aproxima allá, cuando nos cruzamos pisoteando el barro del campo, nos reconocemos, inclinándonos los unos sobre los otros...

—¡Eh, la 18a.!...

Al decirse esto se piensa: "Si eso continúa así, ¿qué será de nosotros? ¿Qué será de mí?"

La 17a., la 19a. y la 20a. llegan sucesivamente y forman pabellones.

—¡Mirad la 18a.!

Viene después: estando en la primera trinchera ha sido relevada la última.

El día se ha lavado un poco y azulea las cosas. Se distingue, descendiendo el camino, solo, delante de sus hombres, al capitán de la compañía. Anda trabajosamente, ayudándose con un bastón, a causa de su antigua herida del Marne, que el reuma resucita, y produce intenso dolor. Encapuchonado, baja la cabeza, parece seguir un entierro. Y se ve que lo piensa, y que sigue uno, en efecto.

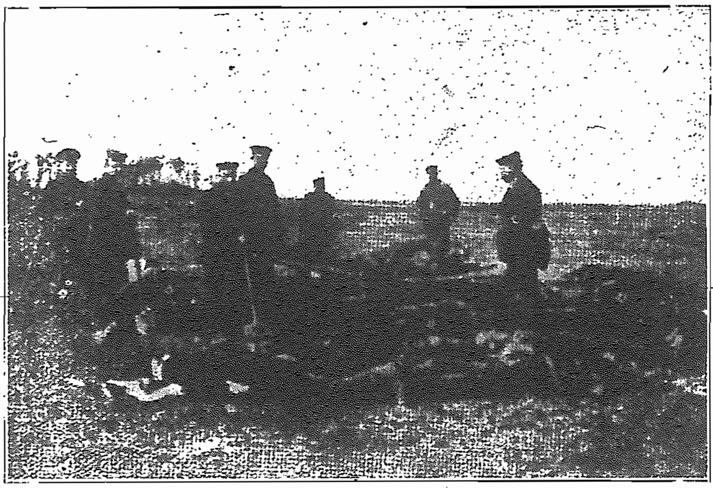
He aquí a la compañía.

Desemboca muy desordenada. Se nos oprime el corazón al instante. Es visiblemente más corta que las otras en el desfile del batallón.

Gano el camino y voy delante de los hombres de la 18a. que llegan. Los uniformes de estos salvados están amarillentos por la tierra; se diría que van vestidos de kaki. El paño está rígido por el barro ocre, que se ha secado encima; los faldones del capote son como trozos de plancha metálica que bailan sobre la corteza amarillenta que recubre las rodillas. Las caras están desencajadas, carbonosas; los ojos, agrandados y febriles. El polvo y la suciedad agregan arrugas a los rostros.

En medio de estos soldados, que vuelven de los bajos fondo sespantosos, hay una algarabía ensordecedora. Hablan todos a la vez, gesticulando, riendo y cantando.

¡Se creería, al verlos, que es una multitud en fiesta que se extiende por el camino!



He aquí a la secunda sección, con su subteniente tan alto, cuyo capote está tan ceñido a su cuerpo rígido que parece un paraguas enrollado. Me abro paso, a codazos, hasta la escuadra de Marchal, la más castigada; de once compañeros que eran, que no se habían abandonado desde hace un año y medio, no quedan sino tres hombres con el cabo Marchal.

Este me ve. Prorrumpe en una exclamación gozosa, acompañada de una sonrisa amplia; se cuelga el fusil y me tiende las manos, de una de las cuales pende su bastón de trinchera.

—¡Hola, viejo hermano!, ¿qué tal? ¿Qué te haces?

Vuevo la cabeza, y casi en voz baja:

—Viejo amigo, ha ido mal, ¿verdad?

Se ensombrece súbitamente, adopta un semblante grave.

—Sí, amigo; qué quieres, esta vez ha sido horrible... Barbier ha muerto.

—Lo decían... ¡Barbier!

—El sábado, a las once de la noche. Tenía lo alto de la espalda cercenada por un obús y como cortada con una navaja de afeitar. Besse recibió un pedazo de obús que le atravesó el vientre y el estómago. Barthélemy y Baubex fueron alcanzados en la cabeza y el cuello. Pasamos la noche cabalgando, al galope, por la trinchera para evitar las ráfagas. El pequeño Godefrey, ¿le conocías?, perdió medio cuerpo; se vació de sangre allí mismo, en un instante, como una cubeta que se vuelca; ¡tan pequeño como era, es extraordinario la sangre que tenía! hizo un arroyo de lo menos cincuenta metros en la trinchera. Gougnard tuvo las piernas machacadas por una explosión. Se le cogió aún en vida. Era en el puesto de escucha. Yo estaba de guardia con ellos. Pero cuando este obús cayó, había ido a la trinchera a pedir hora. He encontrado mi fusil, que me había dejado allí, doblado en dos como por una mano, el cañón como un sacacorchos, y la mitad de la caja convertida en sierra. Olía a sangre fresca hasta levantar el estómago.

—Y Mondain también, ¿no es verdad?...

—El, fué al día siguiente, por la mañana—ayer, por consiguiente,—en el abrigo que una granada hundió. Estaba acostado; destrozósele el pecho. ¿Te han hablado de Franco que estaba al lado de Mondain? El derrumbamiento le rompió la columna vertebral; habló después que le sacamos y lo sentamos en el suelo; dijo, inclinando a un lado la cabeza: "Voy a morir". Y murió. Estaba también con ellos Vigile; no tenía nada en el cuerpo, pero la cabeza le quedó completamente aplastada, aplastada como una galleta, y enorme, ancha, así... Al verle tendido en el suelo, negro y deformado, se hubiera dicho que era su sombra, la sombra que hace uno algunas veces sobre el suelo cuando se marcha por la noche con la linterna.

—¡Vigile, que era de la quinta del 13! ¡Un niño! ¡Y Mondain y Franco, tan simpáticos a pesar de sus galones! ¡Buenos amigos de menos, querido Marchal!

—Si — dice Marchal.

Pero es acaparado por una turba de sus camaradas, que le interpelan y le zarandean.

Se debate, responde a sus sarcasmos, y todos se empujan, riendo.

Mi mirada va de rostro en rostro; están alegres, y, a través de las crispaciones de la fatiga y lo negro de la tierra, aparecen triunfantes.

Si hubiesen podido, durante su estancia en primera línea, beber vino, yo diría: "Están todos borrachos".

Veo a uno de los salvados que tararea, marcando el paso con desenvoltura, como los húsares de la canción: es Vanderborn, el tambor.

—¡Caramba, Vanderborn, qué contento estás!

Vanderborn, que de ordinario es un hombre calmoso, me grita:

—No caí por esta vez: ¡Heme aquí!

Y, con un gesto de loco, me da un puñetazo en la espalda.

Comprendo...

Si estos hombres son felices, a pesar de todo, al salir del infierno, es que justamente *salen* de él. Vuelven, están salvados. Una vez más, la muerte, que estaba allí, los ha perdonado. El turno de servicio hace que cada compañía esté a vanguardia cada seis semanas. ¡Seis semanas! Los soldados de la guerra tienen para las cosas grandes y las pequeñas una filosofía de niño: no mirar nunca, ni a lo lejos, ni alrededor, ni ante sí. Piensan al día. Hoy por hoy todos estos están seguros de vivir aún un poco de tiempo.

Por eso, a pesar de la fatiga que los aplasta y la carnicería reciente que los ha salpicado, a pesar de todo, a pesar de ellos mismos, viven con el goce de sobrevivir, paladean la gloria infinita de estar de pié.

ENRIQUE BARBUSSE

La vida de los mártires

El mal no está tanto en esa pierna destrozada como en la heridita del brazo, por donde se ha escapado tanta sangre generosa.

Con sus lívidos labios, que se confunden ya con el resto de la cara, con sus negras pupilas inmensas el hombre muestra un rostro en el que brilla un alma intacta, que no abdicará hasta el postrer instante. Examina casi severamente, sin ilusión, el desastre de su cuerpo, y, contemplando a los cirujanos, que se lavan las manos, pronuncia con grave voz:

—Digan a mi mujer que mi último pensamiento ha sido para ella y para mis hijos.

No es, ¡Oh, no!, una pregunta velada, porque, sin esperar, el hombre entrega su rostro a la máscara adormecedora.

Aún resuena en la sala el eco de las solemnes palabras:

—Digan a mi mujer...

¿Quién pretenderá engañar a este rostro varonil con blandos consuelos, con palabras? La blusa blanca se ha vuelto. El cirujano muestra sus ojos húmedos tras de las gafas, y con profundo acento le responde:

—Lo haremos, amigo mío; lo haremos sin falta.

El paciente mueve los parpados como quien agita un pañuelo sobre el puente de un vapor que se aleja. Luego, respirando fuertemente el éter, cae en tenebroso sueño.

En él está para siempre; y nosotros no hemos dejado de cumplir nuestra promesa.

* * *

—Ya está empezando la piel a recubrir los bordes. Unas cuantas semanas aún, y luego una buena tranca. ¡Y correrás como una liebre!

Plaquet esboza una sonrisilla seca, que no significa ni sí ni no, pero que traduce una gran timidez y además una gran turbación.

—Los domingos podrás ponerte una pierna artificial. Ya verás: se pone en ella la bota, y el pantalón lo tapa todo. No hay quien vea nada.

El herido mueve dulcemente la cabeza y escucha con leve sonrisa, sin convicción.

—Sí, hombre, sí; con una pierna artificial podrás pasear perfectamente. Estarás como antes.

Plaquet vuelve a mover la cabeza y dice en voz baja:

—Lo que es pasearme, poco será.

Y mirando su cuerpo mutilado añade:

—Apenas saldré de casa.

—Pero hombre, Plaquet, si con un buen aparato podrás andar como todo el mundo, ¿por qué no has de salir de casa?

Plaquet vacila y se calla.

—¿Por qué?

Entonces, con voz imperceptible, dice:

—Nunca saldré, nunca; me daría vergüenza.

Plaquet llevará una medalla en el pecho. Es un bravo soldado y no tiene nada de tonto. Pero hay sentimientos muy complicados que no se deben juzgar con demasiada ligereza.

* * *

La primera vez que ví a Derancourt fué en la sala contigua a la capilla. Acaban de meter allí un grupo de mutilados que, tras larga cautividad, regresaban de Alemania.

Eran lo menos cincuenta.

Todos ellos miraban con arrobamiento las paredes, los bancos, el teléfono; todas las cosas sin importancia de aquella sala de espera; todas aquellas cosas

que a la luz de Francia son más bellas —¡tanto!—que en el feroz destierro.

La sala de espera parecía transformada en un museo de desdichas: ciegos, cojos y mancos, paralíticos, rostros destruídos por el hierro y la pólvora.

Un muchachote obeso decía, levantando con dificultad su brazo deformado:

—¡Les he timado! ¡Ni un momento han dudado de que estaba realmente paralítico! Tengo buena cara, pero es porque nos han enviado ocho días a Costanza para que tuviésemos mejor facha.

Otro, de tipo enjuto y cetrino, se paseaba de un lado para otro, remolcando su pié inerte con una cuerda, que corría a lo largo de su pantalón, y, riendo decía:

—Ando más con la muñeca que con la pata. Señores, señores, ¿quién quiere tirar del cordón al polichinela?

Todos estaban estrambóticamente vestidos con pedazos de uniformes militares, remendados con trozos de ropas corrientes.

En un banco estaban alineados quince o veinte infelices, que entre todos no tenían más de una docena de piernas...

Allí fué donde divisé a Derancourt. Sostenía las muletas en la mano y miraba en torno suyo, atusándose, distraído, su largo bigote rubio.

Derancourt se hizo amigo mío. Tenía amputado el muslo que no acababa de curarse; y sufría, además, una multitud de heridas que durante su cautividad habían cicatrizado, o poco menos.

Derancourt no hablaba nunca de sí mismo, y menos aún de su infortunio. Supe por sus camaradas que había luchado en Longwy, su pueblo natal, y que había permanecido nueve días gravemente herido en el campo de batalla. Su padre, que había ido a recogerle, había caído muerto a su lado; y Derancourt había estado nueve días y nueve noches tendido junto al cadáver, torturado por un ensueño delirante, por una especie de vértigo, tejido de tinieblas y deslumbramientos. Por las mañanas había chupado las hierbas que podía alcanzar alargando las manos...

Después había sufrido en Alemania; y, por último, volvía a Francia, mutilado, cubierto de llagas, y sabiendo que su mujer y sus hijos estaban en terreno invadido sin recursos y sin defensa.

De todo esto Derancourt no decía una palabra. Parecía no saber quejarse, y paseaba sobre la aflicción circundante una mirada experta, que hubiese parecido un poco fría a no ser por la vibrante movilidad de sus facciones.

Derancourt no jugaba nunca, apenas reía; apetecía la soledad, se pasaba largas horas moviendo la cabeza de un lado para otro, contemplando el techo y las paredes, como quien tiene dentro de sí algo que le absorbe...

Llegó un día que fué necesario operar a Derancourt para que su muñón de muslo pudiera ser algo utilizable.

Le extendieron sobre la mesa. Permanecía tranquilo, dueño de sí, como de ordinario, mirando los preparativos de la operación con una especie de indiferencia.

Le pusieron la compresa de cloroformo en la nariz; aspiró con fuerza dos o tres veces; y entonces comenzó una cosa extraordinaria: Derancourt comenzó a sollozar de un modo horrible y hablar de todo lo que callaba siempre. El dolor, contenido durante meses y meses, se derramaba, estallaba en lamentaciones desesperadas, desesperantes.

No era la desordenada ebriedad, la rebelión muscular, animal, de las personas a quienes se precipita en esa clase de sueño. Era que un leve golpe había hecho derrumbarse aquella voluntad demasiado tensa.

Largos meses se había Derancourt fortificado contra esa desesperación; de pronto se entregaba de un golpe, se abandonaba entre lágrimas y desgarraderas frases. Súbitamente se había retirado la ola, descubriendo el horroroso y atormentado fondo de los mares...

Estamos lavándonos las manos, y nos quedamos inmóviles, atónitos, con la garganta oprimida, conmovidos de tristeza y de respeto.

Entonces alguien dijo:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Más cloroformo! ¡Acabarle de un golpe, que duerma!

G E O R G E D U H A M E L

LOS INTELECTUALES Y LA GUERRA EN MARRUECOS

Contra todas las guerras sin excepción — Severine.

Cada vez que una guerra devasta a un pueblo, trátese de una guerra de defensa o de ataque, contra gentes próximas o lejanas, contra los Rojos, los Negros, los Amarillos o los Blancos, se encuentra siempre toda la ciencia, todos los llamados intelectuales "oficiales" entre sus más repulsivos decantadores y los más resueltos *jusquebontistas*. En todas las guerras, aún en las guerras coloniales, donde como bien dice el escritor Charles Vildrac, "es siempre el europeo quien ha empezado y en consecuencia es el culpable. Sea en Africa, en Asia, en la India o en otros lugares de colonización blanca, son siempre los blancos los culpables y los opresores, sin posibilidad de errar. Y sin embargo, también en esas ocasiones los "intelectuales" oficiales encuentran aún coraje para hablar de guerras del "derecho".

Pero ¿qué coraje le falta a esta gente? Ellos, que aún durante los horrores más terribles, ante las más descaradas opresiones su voz se alzó siempre gritando "más, más aún", como monstruosos sádicos insaciables de placeres!

Ellos se asemejan mucho a las hienas; y en realidad lo son. Las hienas de todas las guerras, de todas las matanzas. E igual que estas bestias, se hartan de cadáveres y como ellas, su grito se eleva solamente cuando sienten olor de cadáveres. Donde hay sangre están ellos, sorbiéndola con alegría. Donde hay dolor, donde hay muertos, allí están ellos, repugnantes y cínicos, llevando las mentiras de "su" ciencia.

Donde habría una llaga que curar allí están ellos haciendo todo lo posible para profundizarla mayormente y exasperarla más.

Fué esta su obra durante la guerra de 1914-18, que debía ser la última; y esta es aún su obra en la guerra de Marruecos. Y todavía lo será mañana en otra guerra cualquiera.

Ante otra guerra cualquiera, repetirán su estribillo favorito (véase el manifiesto de los intelectuales publicado por los diarios *L'Eclaire* y *Figaro* y firmado por la mayoría de los miembros de la Academia Francesa, la de Medicina, la de Bellas Artes, etc., etc.): "Tenemos el honor y el deber de enviar a las tropas, indígenas y metropolitanas, que combaten en Marruecos por el Derecho, la Civilización y la Paz, el homenaje de nuestro reconocimiento y de nuestra admiración", jusqueaubout.

Por lo demás y en fin de cuentas, ellos tienen razón, son los "intelectuales oficiales" y no pueden tener otro pensamiento y preocupación que ser simpáticos al gobierno dominante. Sobre todo frente a una guerra como la actual de Marruecos, donde los banqueros del Banco de París y de los Países Bajos, a quienes más especialmente importa la "civilización", el "derecho" y la "paz" en Marruecos, sobre todo allá, en el Riff, donde aun son numerosas las minas y los pozos petrolíferos, no escatiman nada en los gastos y en los "pagos", con tal que la "civilización, el derecho y la paz" reinen al fin en Marruecos, país de salvajes bandidos, según ellos.

Estos intelectuales están acostumbrados, por lo demás, a no pensar de otro modo a como piensa el amo del momento, sea la banca o la gran industria, los rojos o los negros, con tal que les garanticen honores numerosos y espléndidas ganancias.

Por suerte no toda la ciencia se reduce a ellos, a la suya. Hay todavía alguno, tenido o que se tiene aparte, que no está acostumbrado a doblegarse y sabe aún encontrar en sí ímpetus de rebelión contra el repugnante espectáculo de violencia y mentira que el gobierno y la "ciencia" están habituados a darnos. Por suerte hay algunos cultores, algunos hombres que han entendido el arte y la ciencia como obra o misión de progreso y de real bienestar para todos los hombres, como ennoblecimiento del hombre, y no semilla de violencia y odio; que no quieren hacer de su ciencia o de su arte otras tantas armas para los opresores, y razones siempre en defensa de los más fuertes. Hombres que supieron también en esta ocasión decir con franca y leal palabra, han sabido gritar su *no* a la guerra, frente a todos los pretextos pacifistas, que en cada nueva guerra saben encontrar las razones por las que ella es excusable porque "es la última y necesaria".

El silencio, en casos como estos, es casi tan culpable y criminal como el asentimiento, y, hombres rectos, no podrán callar ante el coro de mentiras y el desarrollo de una reacción feroz contra los que no quieren inclinarse ante una violencia porque está ya cumplida, y saben rebelarse porque no quieren ser, ni aun quiera inconscientemente, también ellos sus artífices o favorecedores.

Así, un grupo demasiado exiguo de hombres, de "Trabajadores Intelectuales" se ha levantado y ha lanzado su protesta: "Contra la guerra de Marruecos, esta nueva guerra que se desarrolla siete años después de la sacra de 1.700.000 franceses y de millones de Hombres en el mundo. Otros somos un grupo que eleva su protesta.

Hemos meditado largamente en la experiencia de la historia y sobre todo en la historia de las guerras coloniales, para no denunciar su origen imperialista así como las probables consecuencias internacionales de la presente guerra. Estimamos que no es ya posible refugiarse en los sofismas con los cuales los que capitulan ante los poderes consagrados intentan hacer callar sus conciencias. "No es ya el momento de intervenir puesto que la acción militar se ha empeñado... el honor de Francia", etc.

En realidad hemos estado meses enteros frente al hecho cumplido, pero esto no es una razón para aceptar la grosera intimidación de estos habituales procedimientos del gobierno. En efecto, el honor de Francia está empeñado, pero de una manera más amplia y profunda de lo que vosotros creéis y en otro sentido al que vosotros quereis creer.

Conmovidos y sublevados por las atrocidades cometidas de ambas partes en el frente del Ouergha, constatamos que son inherentes a todas las guerras, y en la guerra lo hay que deshonrar."

* * *

La revista *Clarté* es la iniciadora de una encuesta entre los intelectuales pacifistas, ex combatientes y rebeldes, sobre lo que piensan de la nueva guerra en Marruecos.

Entre las respuestas que recibió hay algunas interesantes y bellas sobre todo por la ponderación, donde la rebelión contra los nuevos horrores de la guerra colonial abierta y fuerte. Y entre las respuestas más bellas nos causa placer ver las de Romain Rolland, Ch. Vildrac, P. Hamp, M. Cordai, V. Margueritte, Severiae, Ryner, J. Bloch, G. Chenaeviere, etcétera, etcétera. Nos agrada sobre todo ver tir condenar la bellaquería de muchos presuntos pacifistas, que dicen: qué quereis, esta guerra de Marruecos es una nonada, una chiquillada, una pequeña guerra en suma; no hay nada que hacer.

¿Una "pequeña guerra"? Id, pues a explicarle esta diferencia de dimensión al soldado sitiado en un puesto del Ouergha, que muere de sed, y a quien los rebeldes se aprestan a cortarle las partes nobles.

Que sea Verdun o Aou-Matuf, el sacrificio del hombre es menos bello y la muerte excusable por menos numerosa, dice Pierre Hamp.

"No obstante, los hombres que mueren creen en dios y en la patria. Para los Bereberes, Abd-el-Krim es un héroe nacional. Para el Nacionalismo africano el mariscal Lyautey es otro héroe.

Somos gloriosos canibales. La alegría de un salvaje ante el cadáver de un enemigo, ¿es diferente a la de un burgués francés ante el comunicado anunciando que hemos contado 400 cadáveres en el suelo, que es el campo del honor cua

e trata de nuestros soldados, y el terreno de la lucha cuando se habla del adversario?"

¿La civilización? ¿La civilización en las colonias llevada por los conquistadores blancos? Si, es verdaderamente algo bello. En 1913, cuenta René Maran, el gobernador del Congo central, después de haberse asombrado, en una carta circular, de la lentitud con que entraban las casas, recordaba a sus subordinados de todos los grados que él "nunca les había *negado ni rechazado las demandas de municiones necesarias para las razzias que la policía podía emprender*".

Pero la cuestión no depende tampoco, dice G. Chenneviere, "de saber si nosotros representamos la civilización en Marruecos, sino de si es cierto o no que estamos en nuestra casa. ¿Hay un hombre sincero y justo que pueda pretender que nosotros tenemos en Marruecos más derechos que los mismos marroquíes? Ignoro cuál es exactamente el punto de vista de Abd el-Krim, y me niego a juzgarlo por los relatos de la prensa". ¡Hablar de derecho! ¿Es que a veces esta nueva última" guerra, la guerra de Marruecos, también una guerra del "Derecho"?, clama Henri Poulaiville. "En tal caso nosotros estaremos también contra el derecho."

Entretanto la guerra continúa, entretanto la reacción se hace siempre más feroz contra los que no quieren elevar su hosanna a la santidad de la conquista de Marruecos por parte del... Banco de París y de los Países Bajos. Esa reacción que no se atrevió a desencadenar la derecha cuando estaba en el gobierno aquí en Francia, es el Bloc de las Izquierdas que la quiere hacer.

¿Extrañarse de esto? No; dice Louis Métant: "Cuando una cuadrilla de bandidos ha preparado un mal golpe y decidido apoderarse del bien ajeno con el concurso de la violencia y del asesinato, si se encuentra entre ellos un hombre honesto que protesta y se opone a la empresa criminal y habla en nombre de la justicia y del derecho eterno, es inmediatamente calificado de traidor por los rufeos de la banda.

El caso es el mismo para todas las empresas gubernamentales y nacionalistas que tienen por objeto el aplastamiento de los débiles, la extensión de la servidumbre, la matanza de un pueblo, la destrucción de sus libertades y de sus vidas en pro de un superenriquecimiento de la sociedad capitalista."

* * *

Del desarrollo de la guerra de Marruecos, un hecho de importancia grandísima salta a la vista de los observadores profundos, y es el espíritu de rebelión que desde hace mucho tiempo alienta en todos los pueblos oprimidos y que encuentra su exteriorización en estos rudos rebeldes del Riff.

Este hecho fué constatado por muchísimos de los que respondieron a la encuesta de *Clarté*; esto es, que la rebelión germina entre todos los oprimidos, de Africa, de Asia, de la India o de América, y están por sacudir y abatir el yugo que los esclaviza desde larguísimos años (1). "El siglo XIX ha sido dominado por el problema de las nacionalidades. El problema colonial dominará el siglo XX. Es en las colonias que se decidirá la suerte de Inglaterra y la de Francia.

Despojándose ella misma de sus conquistas, Rusia ha salvaguardado su porvenir. Despojando a Alemania de sus colonias, los vencedores de 1918 le han preparado la más segura revancha." Después de esta respuesta de J. R. Bloch, de Romain Rolland va aun más lejos. Se me acusa a veces de pedir la invasión de las razas de Asia y de Africa, cuando solamente la profetizo. La función es ingrata a los que tienen ojos para ver y una boca que dice lo que los ojos ven. Pero hoy quiero ser aun más cruel.

Acuso a los gobiernos de Francia y de Inglaterra (para no hablar de las potencias menores) de desencadenar sobre Europa, por sus abusos políticos, por su cruel y brutal imperialismo, por sus provocaciones continuas, la inmensa insurrección de las razas de Asia y de Africa. Esta insurrección se prepara desde hace medio siglo en el mundo musulmán. Es preciso ser "ciego" como un matemático que se interesa por la política para no ver que la guerra de Marruecos termina de unificar estas masas en rebelión y vuelve hacia occidente el furor de este avispero."

Y nosotros no podemos menos que hacer resaltar cómo la revuelta de estos pueblos contra los desmanes de sus opresores, una vez desencadenada no conocerá límites ni clases, sino un solo y único enemigo, el blanco; como por otra parte todo blanco "honesto" considera al hombre de color menos aún que un inferior, como una cosa y no como un ser. Es la piedra de la onda que herirá al que la lanza. Será el resultado de la suma de todos los desmanes perpetrados contra otros hombres. Sólo una verdadera acción de hermanamiento y libertad entre todos los pueblos podrá impedir que sea terrible e irremediable. Pero como vemos, se emplean todos los medios para que esto suceda, y del modo más terrible.

HUGO TREUE

(1) *Esta cuestión, que aquí desfloro nos será tratada más profundamente. Que es una cuestión de grande y gran importancia.*

Francisco Ferrer y la Escuela Moderna

Se considera que la experiencia es la mejor escuela de la vida. El hombre o la mujer que no aprende alguna lección vital en esa escuela es mirado como un zote. Aun pareciendo extraño que digamos que las instituciones organizadas continúan perpetuando errores, ellos, sin embargo, no aprenden nada de la experiencia, a la que se someten como si fuera algo irremediable.

Vivía y trabajaba en Barcelona un hombre llamado Francisco Ferrer. Era un maestro de niños, conocido y amado por su pueblo. Fuera de España sólo una culta minoría conocía la obra de Francisco Ferrer. Para el mundo en general, este maestro no existía.

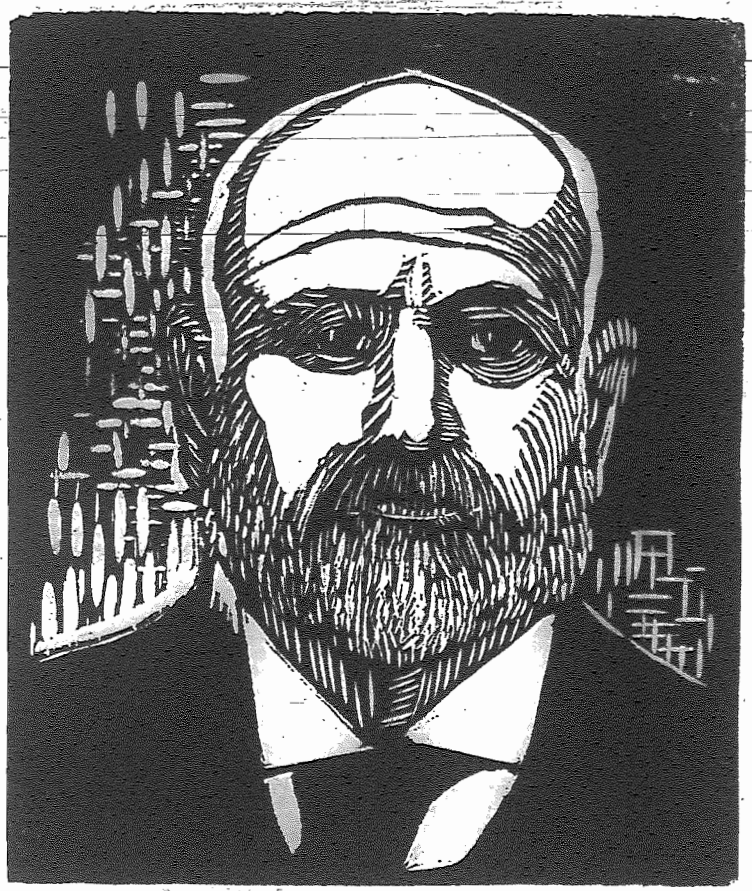
El primero de septiembre de 1909, el gobierno español — a requerimiento de la Iglesia Católica — arrestó a Francisco Ferrer. El trece de octubre, después de un proceso ridículo, fué llevado al foso de Montjuich, colocado contra el horrible muro, testigo de infinitos gemidos, y allí cayó muerto. Instantáneamente, Ferrer, el maestro obscuro, adquirió contornos universales inflamando de indignación a todo el mundo civilizado contra el espectacular asesinato.

La muerte de Francisco Ferrer no fué el primer crimen cometido por el gobierno hispano y la Iglesia Católica mancomunados. La historia de estas instituciones es una dilatada corriente de sangre y fuego. No sólo no aprendieron nada por la experiencia sino que ni siquiera dieron en pensar que cualquier ser, por frágil que sea, lapidado por la Iglesia y el Estado crece y crece hasta tomar los contornos de poderoso gigante que libertará algún día a la humanidad de su peligroso poder.

Francisco Ferrer nació en 1859, de humildes padres. Estos eran católicos, y, por supuesto, quisieron educar a su hijo en la misma fe. No sabían que el muchacho se convertiría en el precursor de una gran verdad y rehusaría marchar por el viejo sendero. A temprana edad Ferrer comenzó a dudar de la fe de sus padres. Quiso saber por qué el Dios que le hablaba de bondad y de amor turbaba el sueño del inocente infante con espantos y pavores de torturas, de sufrimientos, de infierno. Despierto y de mente vivaz e investigadora, no tuvo que andar mucho para descubrir el horror de ese monstruo negro, la Iglesia Católica. No haría ya buenas migas con ella.

Francisco Ferrer no fué solamente un incrédulo, un investigador de la verdad sino también un rebelde. Su espíritu estallaba en justa indignación al considerar el férreo régimen de su país, cuando un puñado de rebeldes, dirigido por el valiente patriota general Villacampa, bajo el estandarte del ideal republicano, se rebeló contra ese régimen, nadie fué combatiente más ardoroso que el joven Francisco Ferrer.

¡El ideal republicano! Espero que nadie le confundirá con el republicanismo de este país (1). Sea la que fuere, la objeción que yo, como anarquista, pueda hacer a los republicanos de los países latinos, sé que se elevaron mucho más alto que el corrompido y reaccionario partido que, en América, está destruyendo todo vestigio de libertad y de justicia. Basta sólo con pensar en los Mazzini, en los Garibaldi, en otras veintenas, para descubrir que sus esfuerzos fueron dirigidos, no simplemente hacia la destrucción del despotismo, sino particularmente contra la Iglesia Católica, la que desde su aparición ha sido la enemiga de todo progreso y liberalismo.



En América tenemos justamente el reverso. El republicanismo brega por derechos autoritarios, por el imperialismo, por peculados, por el aniquilamiento de toda apariencia de libertad. Su ideal es la untuosa, adulona respetabilidad de un Mc Kinley, y la brutal arrogancia de un Roosevelt.

Los rebeldes republicanos españoles fueron sometidos. Se necesita más que un valiente esfuerzo para conmover la roca de las edades, para cortar la cabeza de esa hidra monstruo, la Iglesia Católica y el trono español. Arrestos, persecuciones y castigos siguieron a la heroica tentativa del pequeño grupo. Los que pudieron zafarse de los sabuesos volaron a buscar seguridad a playas extranjeras. Francisco Ferrer estuvo entre estos últimos. Fué a Francia.

¡Cómo debió ensancharse su alma en el nuevo país! Francia, la cuna de la libertad, de las ideas, de la acción. París, siempre joven, el intenso París, con su palpitante vida, después de la obscuridad de su propio país retardado, — cuánto debió haberle inspirado. ¡Qué oportunidades, qué ocasión gloriosa para un joven idealista!

Francisco Ferrer no perdió tiempo. Cual un hombre famélico sumergióse en los varios movimientos liberales, trató toda clase de gente, aprendió, absorbió y creció. Interin, también vió cómo se desarrollaba la Escuela Moderna que iba a jugar un papel tan importante y fatal en su vida.

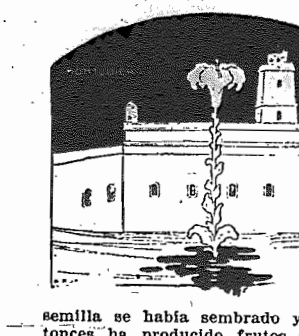
La Escuela Moderna fué fundada en Francia mucho antes de la época de Ferrer. Su fundador, aunque en menor escala, fué el dulce espíritu de Luisa Michel.

Ya sea consciente o inconscientemente, nuestra gran Luisa sentía, hacía tiempo, que el futuro pertenece a la joven generación; que si no se rescata al niño de esa institución que destruye mente y alma, la escuela burguesa, los males sociales continuarán existiendo. Tal vez pensaba con Ibsen que la atmósfera está poblada de espectros, que el hombre y la mujer tienen no pocas supersticiones que vencer. No bien podían salvar el mortal foso de un espectro, cuando he aquí que se encontraban de manos a boca esclavizados a otros tantos noventa y nueve espectros. En tal guisa, sólo muy pocos alcanzan la cima de una completa regeneración.

No obstante, el niño no tiene tradiciones que vencer. Su mente no está sobrecargada con ideas rancias, su corazón no ha crecido a frías con distinciones de casta y clase. El niño es para el maestro lo que la arcilla para el escultor. Que el mundo reciba una obra de arte o una lastimosa imitación depende, en gran parte, del poder creador del maestro.

Luis Michel estaba superiormente dotada para interpretar el alma insaciable del infante. ¿No fué ella misma de naturaleza infantil, tan dulce y tierna, generosa y pura? El alma de Luisa ardía siempre, inflamada de indignación, ante toda injusticia social. Ella estaba invariablemente en las filas avanzadas, siempre que el pueblo de París se rebelaba contra cualquier desmán. Y como estaba hecha para sufrir encarcelamientos por su gran abnegación hacia los oprimidos, la pequeña escuela de Montmartre pronto dejó de existir. Pero la

(1) *Norte América (N. del T.).*



semilla se había sembrado y desde entonces ha producido frutos en muchas ciudades de Francia.

La tentativa más importante de una Escuela Moderna fué la del gran viejo — aunqué de espíritu siempre joven — Paul Robin. Junto con unos pocos amigos estableció una amplia escuela en Cempuis, hermoso lugar en los aledaños de París. Paul Robin profesaba como elevado ideal algo más que simples ideas modernas en educación. Quería demostrar por medio de hechos actuales que la concepción burguesa de la herencia no es sino un mero pretexto para eximir a la sociedad de sus terribles crímenes contra la infancia. El castigo que el niño debe sufrir por los pecados de sus padres, la idea de que debe debatirse en la pobreza y el fango, que está predestinado a convertirse en un ebrio o un criminal, justamente porque sus padres no le dejaron otro legado, era demasiado descabellada para el hermoso espíritu de Paul Robin. El creía que, fuere la que fuere la parte que la herencia jugara, hay otros factores igualmente importantes, si no más importantes, que pueden y deben extirpar o disminuir la pseudo primera causa. Un medio social y económico adecuado, el aliento y la libertad de la naturaleza, gimnasia saludable, amor y simpatía, y, sobre todo, profunda comprensión de las necesidades del niño — todo esto destruiría el cruel, injusto y criminal estigma impuesto al inocente infante.

Paul Robin no seleccionaba a sus niños; él no acudía a los pseudo mejores padres: tomaba su material allí donde pudiera encontrarlo. De la calle, de la cabaña, de las inclusas, de todos los grises y horribles lugares donde una sociedad malvada oculta sus víctimas para pacificar su conciencia culpable. Recogió todos los sucios, inmundos, temblorosos pequeños vagabundos que su establecimiento podía albergar y los trajo a Cempuis. Allí, rodeados por la gloria de la propia naturaleza, mantenidos aseados, profundamente amados y comprendidos, las jóvenes plantas humanas comenzaron a crecer, a florecer, a desarrollarse excediendo las esperanzas de su amigo y maestro Paul Robin. Los niños crecieron y se desarrollaron con la firmeza que da la confianza de sí mismo, varones y mujeres amantes de la libertad. ¿Qué peligro más grande para las instituciones que forjan pobres para perpetuar a los pobres? Cempuis fué clausurada por el gobierno francés bajo la acusación de coeducación, que es prohibida en Francia. Sin embargo, Cempuis había estado en actividad bastante tiempo como para probar a todos los educadores avanzados sus formidables posibilidades y para servir como un empuje a los modernos métodos de educación, que son lentos pero minan inevitablemente el actual sistema.

Cempuis fué seguida de un gran número de otras tentativas educacionales — entre ellas la de Madelaine Vernet, poeta y escritor talentoso, autor de *L'Amour Libre*, y la de Sebastián Faure, con su *La Ruche* (1), que yo visité cuando estuve en París, en 1907.

Algunos años antes el camarada Faure compró el terreno en el que construyó *La Ruche*. En un corto tiempo comparativamente logró transformar el antes agreste, incultivado campo en un terreno floreciente, teniendo todas las apariencias de una granja bien cuidada. Un patio cuadrado, amplio, limitado por tres edificios y un ancho camino que conduce al jardín y al huerto, saludan el ojo-inquisidor del visitante. El huerto, cuidado como solamente un francés sabe hacerlo, suministra gran variedad de legumbres para *La Ruche*.

Sebastián Faure opina que si el niño es sometido a influencias contradictorias, su desarrollo sufre en consecuencia. Solamente cuando las necesidades materiales, la higiene del hogar y el ambiente intelectual se armonizan puede el niño crecer como un ser sano, libre.

Refiriéndose a su escuela, Sebastián Faure emite la siguiente opinión:

"He tomado veinticuatro niños de ambos sexos, la mayoría huérfanos, o aquellos cuyos parientes son demasiado pobres para pagar. Son vestidos, alojados y educados a mis expensas. Hasta los doce años recibirán una elemental y perfecta educación. Entre la edad de doce y quince — continuando todavía sus estudios — se les enseña algo de comercio, teniendo en cuenta sus disposiciones y aptitudes individuales. Llega, por último, el día en que, libremente, dejan *La Ruche* para iniciar la vida en el mundo exterior con la seguridad que pueden, en cualquier momento, regresar a ella, donde serán recibidos con los brazos abiertos y se les dará la bienvenida, cual hacen los padres con sus amados hijos. Entonces, si desean trabajar en nuestro establecimiento, pueden hacerlo bajo estas condiciones: un tercio para cubrir sus gastos o sustento, otro tercio que se añade al capital general puesto aparte para acomodar nuevos niños, y el último tercio destinado a ser entregado para el uso personal del joven, como él o ella lo crean conveniente.

La salud de los niños que están ahora a mi cuidado es excelente. El aire puro, la comida nutritiva, el ejercicio al aire libre, los largos paseos, la observancia de las reglas higiénicas, el breve e interesante método de instrucción, y, sobre todo, nuestra afectuosa comprensión y cuidado de los niños han producido admirables resultados físicos y mentales.

Sería injusto afirmar que nuestros pupilos han realizado maravillas; pero, si tenemos en cuenta que pertenecen al término medio, no habiendo tenido oportunidades previas, los resultados son verdaderamente satisfactorios. La facultad más importante que han adquirido — un rasgo raro en los niños de la escuela ordinaria — es el amor al estudio, el deseo de conocer, de ser informado. Han aprendido un nuevo método de trabajo, uno que vivifica la memoria y estimula la imaginación. Hacemos un esfuerzo particular para despertar el interés del niño por lo que le rodea, con el propósito de hacerle descubrir la importancia de la observación, la investigación y la reflexión, de manera que cuando los niños alcancen la madurez no sean sordos y ciegos para las cosas que les circundan. Nuestros niños nunca aceptan nada con fe ciega, sin inquirir el por qué o el motivo; ni se sienten satisfechos hasta que sus preguntas son completamente contestadas. De este modo sus mentes están libres de dudas y temores resultantes de respuestas incompletas o carentes de verdad; esto último es lo que debilita el crecimiento del niño y crea una falta de confianza en sí mismo y en los que le rodean.

Es sorprendente ver cuán francos y buenos y afectuosos son nuestros pequeños entre ellos mismos. La armonía que reina entre ellos y los adultos es en extremo animadora. Sentiríamos como una falta si los niños nos temieran u honraran simplemente porque somos sus mayores. No dejamos nada por hacer para ganar su confianza y amor; realizando ésto, la comprensión reemplazará la duda; la confianza al temor, la afección a la severidad.

Nadie ha descubierto plenamente todavía la riqueza de simpatía, bondad y generosidad oculta en el alma del niño. El esfuerzo de todo educador verdadero debería ser abrir ese tesoro — para estimular los impulsos del niño y hacer florecer sus mejores y más nobles tendencias. ¿Qué premio más grande puede haber para un hombre cuya vida de trabajo es vigilar el crecimiento de la planta humana, ver cómo va desplegando sus pétalos y observar su desarrollo en una verdadera individualidad? Mis camaradas en *La Ruche* no desean premio más valioso, y es debido a ellos, a sus esfuerzos, más que al mío propio, que nuestro jardín humano promete producir hermosos frutos" (1).

(1) *La Colmena.*

Refiriéndose al objeto de la historia y a la prevalencia de viejos métodos de instrucción Sebastián Faure dice:

"Explicamos a nuestros niños que la verdadera historia está todavía por escribirse, — la historia de los que han muerto, desconocidos, realizando esfuerzos para ayudar a la humanidad en la consecución de fines más grandes" (1).

A Francisco Ferrer no podía escapar esta gran ola de tentativas por fundar la Escuela Moderna. Vislumbró sus posibilidades, no meramente bajo su aspecto teórico, sino en su aplicación práctica para las necesidades de todos los días. Debió caer en la cuenta que España, más que cualquier otro país, necesita precisamente de tales escuelas, si es que quiere deshacerse del doble yugo del hisopo y de la espada.

Cuando consideramos que el sistema entero de educación en España está en manos de la Iglesia Católica y cuando recordamos la fórmula católica: "Inculcar el catolicismo en la mente del niño hasta la edad de nueve años es arruinarlo inevitablemente para cualquier otra idea", comprenderemos la enorme tarea de Ferrer al traer la nueva luz al pueblo. El destino le asistió pronto, proporcionándole lo que había menester para que pudiera llevar a buen término su gran sueño.

Mlle. Meunier, una pupila de Francisco Ferrer y dama de gran fortuna, interesóse por el proyecto de la Escuela Moderna. Cuando murió, legó a Ferrer algunas propiedades valiosas y doce mil francos anuales de renta para la Escuela.

Se ha dicho que almas levantadas no pueden concebir sino ideas elevadas. Si es así, los despreciables métodos de la Iglesia Católica para macular el carácter de Ferrer, con el fin de justificar su tenebroso crimen, puede explicarse sin muchos rodeos. De ahí que fuera difundida, en los periódicos católicos de América, la calumnia de que Ferrer usó de su intimidad con Mlle. Meunier para entrar en posesión de su peculio.

Personalmente, sostengo que la intimidad, sea ésta de cualquier naturaleza, entre un hombre y una mujer, es asunto exclusivo de ellos vedado a la intromisión ajena. No me extendería sobre este tópico, si no fuera por una de las numerosas y cobardes calumnias propaladas acerca de Ferrer. Por supuesto que los que conocen la pureza del clero católico comprenderán la insinuación. ¿Acaso han mirado los católicos alguna vez a la mujer como a algo que no sea una presa sexual? La crónica histórica referente a los descubrimientos en conventos y monasterios me llevaría muy lejos en ésto. ¿Cómo, entonces, van a entender ellos la cooperación de un hombre y una mujer, excepto sobre una base sexual?

En puridad, Mlle. Meunier era considerablemente mayor que Ferrer. Habiendo transcurrido su infancia y adolescencia con un padre miserable y una madre sumisa, pudo apreciar fácilmente la necesidad del amor y la alegría en la vida del niño. Dióse cuenta que Ferrer era un maestro, que no era un producto deleznable de las instituciones docentes al uso, vale decir, una máquina con diploma, sino un hombre dotado de genio para esa vocación.

Con conocimientos vastos, con experiencia, con los medios necesarios y sobre todo ardiendo en la divina llama de su misión, nuestro camarada volvió a España y allí empezó el trabajo capital de su vida. El 19 de septiembre de 1901 fué abierta la primera Escuela Moderna. Fué entusiastamente recibida por el pueblo de Barcelona que asumió la responsabilidad de sostenerla. En un breve discurso con ocasión de la apertura de la Escuela, Ferrer sometió su programa a sus amigos. Dijo: "No soy un orador, un propagandista, ni un luchador. Soy un maestro; amo a los niños por sobre todas las cosas. Creo comprenderlos. Quiero contribuir a la causa de la libertad creando una joven generación que esté pronta a ponerse en contacto con una nueva era".

Fué advertido por sus amigos que tuviera cuidado en su oposición a la Iglesia Católica. Sabían hasta dónde podía llegar ésta para abatir a un enemigo. Ferrer también lo sabía. Pero, a semejanza de Brand, creía en todo o en nada. No erigiría la Escuela Moderna sobre la misma antigua calumnia. Sería franco y honesto y abierto para con sus niños.

Francisco Ferrer llegó a ser un hombre notorio. Se le acechó desde el primer día de la apertura de la Escuela. El edificio de ésta fué vigilado, su pequeño hogar en Mangat, también. No se le perdía de vista un paso aun cuando fuera a Francia o Inglaterra para conferenciar con sus colegas. Estaba señalado y era sólo cuestión de tiempo para que el enemigo, acechador, le apretara el lazo corrediz. Logrólo casi, en 1906, cuando Ferrer fué envuelto en el atentado a la vida de Alfonso XIII. La evidencia que le eximía de culpa y cargo era demasiado patente, aún para los mismos "curas vos negros"; tuvieron que dejarle libre no por buenos precisamente. Esperaban ¡Oh!, pueden esperar cuando se han propuesto atrapar una víctima.

El momento llegó al fin, durante el levantamiento antimilitarista de España en Julio de 1909. Tendríamos que buscar en vano en los anales de la historia revolucionaria para encontrar una protesta más notable contra el militarismo. Habiendo vivido durante centurias oprimido por militares, el pueblo español no podía soportar ya más tiempo su yugo. No veían razón para ayudar a un gobierno despótico en someter y oprimir a un pueblo pequeño que luchaba por su independencia, como lo hacían los bravos españeños. No, no emplearían las armas contra ellos.

Durante mil ochocientos años la Iglesia Católica ha predicado el evangelio de la paz. Y ahora, cuando el pueblo quería convertir actualmente el evangelio en realidad viviente, urgía a las autoridades para que lo forzara a levantarse en armas contra los marroquíes. Así, la dinastía española seguía los criminales métodos de la dinastía rusa, se forzaba al pueblo hacia el campo de batalla. Entonces, colmóse su capacidad de sufrimiento. Entonces, revolviéronse los trabajadores de España contra sus amos, contra los que, cual sanguijuelas, habían desangrado su fuerza, su preciosa sangre vital. Sí, atacaron las iglesias y los sacerdotes, pero si estos últimos tuvieran mil vidas, no podrían posiblemente pagar los terribles ultrajes y crímenes perpetrados contra el pueblo español.

Francisco Ferrer fué arrestado el primero de septiembre de 1909. Hasta el primero de octubre sus amigos y camaradas no supieron qué se había hecho de él. En este día se recibía una carta en *L'Humanité*, en la que se podía apreciar toda la ridiculez del proceso. Al día siguiente su compañera, Soledad Villafranca, recibía la siguiente carta:

"No hay motivo para atormentarse, sabes que soy absolutamente inocente. Hoy estoy particularmente esperanzado y alegre. Es la primera vez que puedo escribirte y la primera que, desde mi arresto, puedo solazarme con los rayos del sol que entran a raudales por la ventanuca de mi celda. Tú también debes estar alegre".

Bien patético es que Ferrer, corriendo ya el 4 de octubre, no creyera que sería condenado a muerte. Pero más tristes aún que sus amigos y camaradas hubieran cometido hasta entonces el desatino de dar crédito al enemigo dotándolo de un sentido de justicia. Una y otra

(1) *Ibid.*

(1) *Mother Earth*, 1907.

ces habían prestado fe a los poderes judiciales, sólo para ver a sus hermanos muertos antes sus propios ojos. No promovieron ninguna agitación para rescatar a Ferrer, ninguna protesta de cierta extensión; nada. "Porque es imposible condenar a Ferrer; es inocente". Pero todo es posible tratándose de la Iglesia Católica.

El 4 de octubre Ferrer envió la siguiente carta a *L'Humanité*:

"Prisión Celular, 4 de octubre de 1909.

"Queridos amigos míos. No obstante la más absoluta inocencia, el fiscal exige la pena de muerte, basado en denuncias de la policía, que me presenta como el jefe de los anarquistas del mundo entero, dirigiendo los sindicatos de trabajadores de Francia y culpable de conspiraciones e insurrecciones en todas partes, declarando que mis viajes a Londres y París no fueron emprendidos con otro objeto.

"Con calumnias tan infames están tratando de enviarme al patíbulo.

"El mensajero está pronto para partir, yo no tengo tiempo para extenderme. Todas las evidencias presentadas al juez instructor por la policía no son más que un tejido de mentiras e insinuaciones calumniosas. Pero ninguna prueba en contra mía ha logrado éxito.

"Ferrer".

El 13 de octubre de 1909, el corazón de Ferrer, tan valiente, tan firme, tan real fué acallado. ¡Míseros idiotas! La postrer palpitación agonizante de ese corazón acababa de morir cuando comenzó a latir en centenares de corazones del mundo civilizado hasta que creció en terrífico trueno, arrojando su maldición sobre los instigadores del tenebroso crimen. ¡Criminales de negra veste y devoto aire, en los estrados de la justicia! Qué ironía!

¿Participó Francisco Ferrer en el levantamiento antimilitarista? Según la primera acusación que apareció en un periódico de Madrid, firmado por el obispo y todos los prelados de Barcelona, no era acusado aún de participación. La acusación hacía hincapié en el hecho de que Francisco Ferrer era culpable de haber organizado escuelas ateas y haber difundido literatura atea. Pero en el siglo XX los hombres no pueden ser quemados simplemente por sus creencias ateas. Algo había que inventar ,sin embargo; de ahí el cargo de instigador del levantamiento.

Por más que se hurgó para hallar en fuentes auténticas algún indicio que les permitiera fundar su partícipación en el levantamiento, nada encontraron. Pero entonces no se necesitaban las pruebas si se aceptaban. Había setenta y cinco testigos — seguros — pero su testimonio fué tomado en forma manuscrita. Nunca fueron careados con Ferrer, ni él con ellos.

¿Es posible, psicológicamente, que Ferrer haya participado? Yo no lo creo, y aquí expongo mis razones: Francisco Ferrer no era solamente un gran maestro, sino que también un maravilloso organizador. En ocho años, de 1901 a 1909, había organizado en España ciento nueve escuelas, amén de inducir al elemento liberal en su país a crear 308 más. En conexión con el trabajo de su propia escuela, Ferrer había establecido una imprenta moderna, organizado un cuerpo de traductores y esparcido a todos los vientos ciento cincuenta mil ejemplares de obras científicas y sociológicas modernas, sin olvidar la amplia cantidad de libros de texto racionalistas. Seguramente que nadie sino un organizador metódico y eficiente podía haber realizado tal hazaña.

Por otra parte, se probó en absoluto que el levantamiento antimilitarista no fué preparado en modo alguno, que llegó como una sorpresa para el mismo pueblo, tal como un gran número de insurrecciones revolucionarias en anteriores ocasiones. El pueblo de Barcelona, por ejemplo, tuvo a la ciudad bajo su control durante cuatro días, y, según las declaraciones de los turistas, nunca reinó orden ni paz más perfectos. Por supuesto, el pueblo estaba tan poco preparado que cuando se presentó el momento no supo qué hacer. En este sentido se asemejaron al pueblo de París durante la Comuna de 1871. Estos, tampoco estaban preparados. Aunque moribundos, protegieron los almacenes rebosantes de prisioneros. Apostaron centinelas para cuidar el Banco de Francia, donde la burguesía guardaba el dinero robado. Los trabajadores de Barcelona — ¡también ellos! — cuidaron el botín de sus amos.

¡Cuán triste es la estupidez de los miserables; cuán terriblemente trágica! Pero, entonces, ¿hanse introducido tan profundamente los grillos en su carne que, aún pudiendo, no los rompieran?

El miedo a la autoridad, el respeto a la propiedad privada, cien veces maldecida en sus adentros, ¿cómo es que él no se decide a develarla e ir contra ellos? Tal vez no se haya preparado suficientemente para emprender esta acción.

¿Puede alguien afirmar por un momento que un hombre como Ferrer se afiliara a un esfuerzo tan espontáneo, tan desorganizado? ¿No hubiera sabido que se solucionaría con una derrota, una derrota desastrosa para el pueblo? ¿Y no es más evidente aún que si él hubiera participado, él, el experto organizador, habría planeado enteramente la tentativa? Si todas las otras pruebas fallaran, este solo factor sería suficiente para eximir a Francisco Ferrer. Pero hay otras igualmente convincentes.

Para el mismo día del levantamiento, julio 25, Ferrer había convocado a una conferencia a los maestros y miembros de la Liga de Educación Racionalista. Era necesario encarar el trabajo de otoño y particularmente la publicación del gran libro de Eliseo Reclús: *El Hombre y la Tierra* y *La tan Revolución Francesa*, de Pedro Kropotkin. ¿Es creible, en modo alguno plausible que Ferrer, estando en antecedentes acerca del levantamiento, formando parte de él, invitara con sangre fría a sus amigos y colegas a Barcelona para el día en que él sabía sus vidas estarían en peligro? Es claro, sólo la mente criminal y viciosa de un jesuíta podía dar crédito a tal propósito deliberado.

Francisco Ferrer tenía su labor capital delineada; si se hubiese propuesto prestar auxilio a la insurrección, habría estado expuesto a perder todo y no ganar nada, salvo la ruina y el desastre. No es que dudara de la justicia de la ira del pueblo; pero su trabajo, su esperanza, la esencia toda de su vida se encaminaba hacia otra meta.

Caen en el vacío los frenéticos esfuerzos de la Iglesia Católica, sus imposturas, falsedades, calumnias. Ya es condenada por la conciencia humana despierta, de haber repetido una vez más los execrables crímenes del pasado.

Francisco Ferrer es acusado de enseñar a los niños las más estrafalarias ideas, — de odiar a Dios, por ejemplo. ¡Qué horror! Ferrer no creía en la existencia de Dios. ¿Para qué enseñar a odiar al niño algo que no existe? ¿No es más creible que llevara a los niños al aire libre, que les mostrara el esplendor del crepúsculo, la esplendidez del cielo tachonado de estrellas, la impresionante maravilla de las montañas y los mares; que les explicara de modo sencillo y directo la ley del crecimiento, del desarrollo, de la mutua relación de todas las cosas en la vida? Obrando así, hizo imposible para siempre que la semilla ponzoñosa de la Iglesia Católica se practicara un camino en la mente del infante.

Se había afirmado que Ferrer preparaba a los niños para destruir al rico. Historias fantásticas de viejas solteronas. ¿No es más presumible que los preparara para ayudar al pobre? ¿Que les enseñara que la humillación, la degradación, el temor del pobrerío, es un vicio y no una virtud; que sólo la dignidad y todo esfuerzo creador es lo que sostiene la vida y forma el carácter? ¿No es este el medio eficaz por excelencia de hacer la luz sobre la absoluta inutilidad y perjuicio del parasitismo?

Por último, se culpa a Ferrer de desmoralizar al ejército por la propaganda de ideas antimilitaristas. ¿Realmente? Debe haber creído, con Tolstoy, que la guerra es la matanza legalizada que perpetúa el odio y la arrogancia, que roe el corazón de las naciones y las convierte en maniáticas frenéticas.

No obstante, poseemos las propias palabras de Ferrer referente a sus ideas sobre la educación moderna:

"Deseo fijar la atención de los que me leen sobre esta idea: todo el valor de la educación reside en el respeto de la voluntad física, intelectual y moral del niño. Así como en ciencia no hay demostración posible más que por los hechos, así también no es verdadera educación sino la que está exenta de todo dogmatismo, que deja al propio niño la dirección de su esfuerzo y que no se propone sino secundarle en su manifestación. Pero no hay nada más fácil que alterar esta significación, y nada más difícil que respetarla. El educador que impone, obliga, violenta siempre; el verdadero educador es el que, contra sus propias ideas y sus voluntades, puede defender al niño, apelando en mayor grado a las energías propias del mismo niño.

Por esta consideración puede juzgarse con qué facilidad se modela la educación y cuan fácil es la tarea de los que quieren dominar al individuo. Los mejores métodos que pueden revelárseles, entre sus manos se convierten en otros tantos instrumentos más poderosos y perfectos de dominación. Nuestro ideal es el de la ciencia y a él recurriremos en demanda del poder de educar al niño favoreciendo su desarrollo por la satisfacción de todas sus necesidades a medida que se manifiesten y se desarrollen.

Estamos persuadidos de que la educación del porvenir será una educación en absoluto espontánea; claro está que no nos es posible realizarla todavía, pero la evolución de los métodos en el sentido de una comprensión más amplia de los fenómenos de la vida, y el hecho de que todo perfeccionamiento significa la supresión de una violencia, todo ello nos indica que estamos en terreno verdadero cuando esperamos de la ciencia la liberación del niño.

No temamos decirlo: queremos hombros capaces de evolucionar incesantemente; capaces de destruir, de renovar constantemente los medios y de renovarse ellos mismos; hombres cuya independencia intelectual sea la fuerza suprema, que no se sujeten jamás a nada; dispuestos siempre a aceptar lo mejor, dichosos por el triunfo de las ideas nuevas en una sola vida. La sociedad teme tales hombres: no puede, pues, esperarse que quiera jamás una educación capaz de producirlos.

* * *

Seguiremos atentamente los trabajos de los sabios que estudian el niño, y nos apresuraremos a buscar los medios de aplicar sus experiencias a la educación que queremos fundar, en el sentido de una liberación completa del individuo. Mas ¿cómo conseguiremos nuestro objeto? Poniendo directamente manos a la obra, favoreciendo la fundación de escuelas nuevas donde en lo posible se establezca este espíritu de libertad que presentimos ha de dominar toda la obra de la educación del porvenir.

Se ha hecho ya una demostración que por el momento puede dar excelentes resultados. Podemos destruir todo cuanto en la escuela actual responde a la organización de la violencia, los medios artificiales donde los niños se hallan alejados de la naturaleza y de la vida, la disciplina intelectual y moral de que se sirven para imponerle pensamientos hechos, creencias que aniquilan y depravan las voluntades. Sin temor de engañarnos podemos poner al niño en el medio que le solicita, el medio natural donde se ama y donde las impresiones vitales reemplazarán a las fastidiosas lecciones de palabras. Si no hiciéramos más que esto, habríamos preparado en gran parte la emancipación del niño.

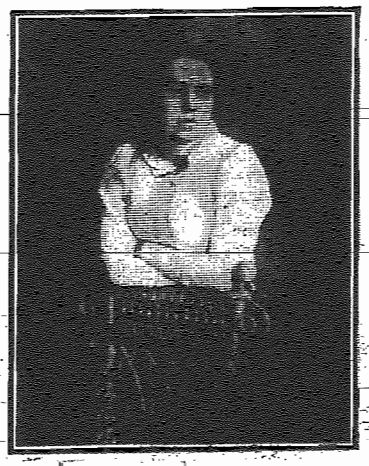
Bien sé que no podríamos realizar así todas nuestras esperanzas; que frecuentemente nos veríamos obligados, por carencia de saber, a emplear medios reprobables; pero una certidumbre nos sostendría en nuestros empeño, a saber: que sin alcanzar aún completamente nuestro objeto, haríamos más y mejor, a pesar de la imperfección de nuestra obra, que lo que realiza la escuela actual. Prefiero la espontaneidad libre del niño que nada sabe, a la instrucción de palabras y la deformación intelectual de un niño que ha sufrido la educación que se dá actualmente".

Si Ferrer hubiese organizado realmente a los rebeldes, si hubiera luchado en las barricadas, si habría arrojado un centenar de bombas no podría haber sido tan peligroso a la Iglesia Católica y al despotismo como con su oposición a la disciplina y a la coacción. La disciplina y la coacción ¿no son la esencia de todos los males del mundo? La esclavitud, la sumisión, la pobreza, toda la miseria, todas las iniquidades sociales resultan de la disciplina y la coacción. En efecto, Ferrer era peligroso. De ahí que fuera condenado a morir el 13 de octubre de 1909 en el foso de Montjuich. Ahora ¿quién osa afirmar que ha muerto en vano? En vista del inusitado movimiento de indignación universal: Italia nombrando calles en memoria de Francisco Ferrer; Bélgica iniciando un movimiento para erigirle un monumento; Francia movilizando a sus varones más ilustres para recibir y continuar la herencia del mártir; Inglaterra que se adelanta a las otras naciones y publica su biografía; todos los países uniéndose con el propósito de perpetuar la gran obra de Francisco Ferrer; América también, yendo siempre en ideas progresivas, fundando una Asociación Francisco Ferrer, que se propone como fin principal publicar la vida completa de Ferrer y organizar Escuelas Modernas a través de todo el país, — frente a esta ola revolucionaria internacional, ¿quién osaría decir que Francisco Ferrer murió en vano?

¡Qué maravillosa, qué dramática fué la muerte en Montjuich, y cómo estremece el alma humana! Altanero y firme, la mirada interior vuelta hacia la luz. Francisco Ferrer no necesitó sacerdotes que le dieran ánimo, ni hizo reproches a nadie porque le obligaban a dejar este mundo. La conciencia de que sus ejecutores representaban una era moribunda y que él era la verdad naciente, le sostuvo en los heroicos momentos finales.

(De *Anarchism and other Essays by Emma Goldman*. New York).

E M M A G O L D M A N



SALON DE PRIMAVERA

Escultura

Aunque íntimamente sentimos que nos quedamos cortos en argumentos sobre la "Jugadora de Tennis" de Luis Falcini, no hemos de seguir insistiendo. Constatemos, aún, que fué rodeada de un enmarañado matorral de incomprensibles y enconadas discusiones, y también sahumada por esos *silenciosos mutos* de quienes, temiendo e interiormente ladrándoles la envidia, no se atreven a revolverse en actitud de franca hostilidad. Para el necesario equilibrio, tampoco faltó más de una fervorosa e irreductible admiración. Cierto, los puntos admirativos fueron los menos. Y este fenómeno de ciega aversión se hizo notar en el más alto grado, contra el bajo-relieve de Curatella. Los *pálpalobién* cobraban sus inauditos aires de superioridad. Al fin, había algo que les daba la razón a ellos. Felices, sí, felices esos beatíficos náufragos de su monstruosa egolatría.

Por otra parte, creemos que en esencia hubimos de exponer nuestro parecer y destacar la opinión decididamente favorable que nos merecieron ambas obras, tan desemejantes e igualmente bellas y sentidas.

Quisiéramos, pues, que así como nosotros fundamentamos nuestra cálida adhesión hacia los trabajos de estos artistas, los presuntos disentidores y zahereños críticos, dieran ellos también las buenas y las malas razones como pudieron ser las nuestras. Pero bien descansados hemos de esperarlas, que escasos o ninguno lo harán. Estamos en el país de la proverbial pereza mental y de las comidillas rezadas en voz baja.

Fuera de la obra comentada, son cuatro los envíos que se exhiben en esa rotonda: "La escultora Manila Risso", "Retrato del pintor Bazurro" y "La Madre" (variación del dolor). Suficientes serían estas cabezas, de acentuado carácter plástico y en cuya plasticidad se contiene un dinamismo suprasensible, que culmina en intensa expresión emotiva — para que Falcini pudiese figurar singularmente en cualquier certámen extranjero de arte. Cuando, además de escultor o pintor, el artista, el poeta se sabe externar en función perenne, existirá algo en su creación que no dimanará exclusivamente de la materia. Ese algo es el hálito del reconditísimo sentido poético, latente en ciertas criaturas humanas. Convengamos que son muchos los versificadores y escasos los creadores de un ambiente de poesía. En Curatella Manes y Luis Falcini, sus bellas formas son, además, formas vivas. Ya que los dos no son solamente adoradores de la materialidad plástica. Ambos son escultores de raza, y por encima de esa particularidad son hombres, con sus pasiones, defectos y errores. No incurriremos en la garrafal tontería de proclamarlos maestros y genios. Firmemente creemos que recién empiezan en un decidido camino de orientación. Tienen mucho que andar todavía.

Lo innegable es que son quienes más saben lo que quieren y poseen plena conciencia de lo que se proponen hacer. Luego, la realización podrá variar en más o menos.

Adentrémonos en esta viña del señor, en la cual es justo y cuerdo que haya de todo. Prestamente hagamos notar que las imitaciones *riganellescas* se propalan en número alarmante. Quizás el más nocivo, el más pernicioso ejemplo para la juventud es la obra escultórica de Riganelli. De un preciosismo pequeño, de un arabesco alambicado, nunca podrá servir de guía y de pauta a generaciones de constructores que repudien lo fragmentario y la pieza de chimenea. Para el temperamento personal y limitado del autor del "Buey", podrá estar bien, mas sus imitadores, al heredar sus defectos, harán de su obra una risible caricatura.

El señor Alfredo Bigatti logra algunos valores plásticos felices en su "Fuente Serena", y le imprime ritmo y gracia a su figura en una estilización que no ha de ofender a los timoratos. Es un término medio que por ahora no le favorece. Queremos apuntar que se halla tal vez en el comienzo de una nueva evolución, y no se decide por una estilización franca o un naturalismo recio, mermando naturalmente el carácter general de su obra. Sus cabezas, en cambio, con suma habilidad modeladas, no se sabe cuál expresión emocional quiso lograr para sus máscaras. El "Rebelde" no nos sugiere el menor asomo de sentimientos de rebelión ni la "Resignada" nos demuestra el estado de ánimo de la conformidad de espíritu. Hay que aprender a economizar para que no se transforme en una mueca la gesticulación y si no desea obtener efectos opuestos y contraproducentes a los intentados externar. Si nos olvidamos de los títulos, nos hallamos ante dos piezas escultóricas que la pesadez de la materia amortigua la intención que el artista intentó poner en ellas.

Declaremos que también Bigatti quizás se prepara a emprender la senda de una fatigosa cuesta, que por abrupta y espinosa hará se encuentre a sí mismo.

No nos extenderemos alrededor de los premiados de esta sala. No vale la pena

RAQUEL FORNER — "El Ciego"

de ocuparse de ellos. Juan Leone posee cuatro envíos. Modela con cierta eficacia y otorga ciertas calidades plásticas a sus cabezas. No falta, tampoco, el convencional "Vago" de rostro coriáceo, herido por infinitas arrugas. Esta fisonomía no expresa ni la condición de su clase, desheredada, ni una temperatura anímica cualquiera. Parece la testa de cualquier burgués satisfecho. Poco más habremos que enumerar. Rovatti, quien insiste en sus Cristos bizantinos y elegantes y que en "Mi padre" llega a darnos la exacta sensación fotográfica, con una talla en madera. Nos da grima comprobar cómo tan buen artesano siga en su obcecación de no respetar la peculiaridad extrínseca del material que habitualmente emplea. Esa talla pulida y lustrada ha perdido toda la nobleza de la madera. Reconozcamos, después de todo, lo meritorio de sus esfuerzos.

Citemos, en *pele-mele* "Sencillez" de Gargiullo, que contrasta horrorosamente con el "Saludo a la Primavera", dándonos a entender en cuáles equívocos y desconceptos se halla todavía su autor: "Pesadumbre" es un desnudo simpático de Ricardo Musso, Pascual Buygues y etcétera. Hay otras obras, que nos reservamos señalar en otra ocasión.

Si tuviéramos que hablar de los mamarrachos existentes en esta sección y que no escasean, tendríamos para largo rato. Señalemos, como uno de los más sobresalientes en este divertido género los bustos de Oliva Navarro y "Danza de la Flecha" de Perlotti, un indio chic, que tanto puede ser un tenor de ópera como un indígena disfrazado, de carnaval.

Arquitectura

Los proyectos de arquitectura no abundan. Y las expuestas son las sólitas construcciones híbridas, sin la armonía de las proporciones ni la visión de una idea plástica, que tanto puede infundir vida a una escultura como a una fábrica arquitectónica. El primer premio fué concedido a "Una escuela de arte" de Rafael de Palo. Este proyecto, irrealizable en la práctica, es en el papel un aditamento de cosas, añadidas sin orden ni concierto, en un afán de falso decorativismo. Es un alarde de nefasto virtuosismo de alumno de la academia de *beaux arts*. Martín Noel erige una obra colonial de confitería. No tenemos el tiempo ni nos daremos la molestia de probárselo. Pero no faltará día para ello.

Vautier y Presbich, como en el caso que acontece en la sección escultura, son las raras aves que saben lo que quieren, y al realizar el tema propuesto, lo harán ateniéndose a una extricta disciplina. En sus proyectos existe el orden, la claridad y poseen dones para la decoración en el juego de líneas y de masas. Un motivo decorativo que se ciñe a necesidades utilitarias, desenvuelto con tal parquedad de procedimientos altamente hable. Podrá agradar, atraernos o rechazarnos en su aridez, pero nadie ha de negar en ellos la voluntad de un estilo, y en este estilo una idea plástica, que lo informa y lo vitaliza.

El obstáculo que vemos nosotros en esta transposición de la nueva tendencia arquitectónica que está primando en Europa — es el fenómeno de adaptación. ¿Se avendrá a las condiciones de clima y de ambiente y a nuestra fantasía cálida un sí es no es tropical, este transplante brusco y casi al pié de la letra de geometría animada?

Es el escollo que deben evitar los autores, no ateniéndose demasiado al aspecto exotérico de esta nueva arquitectura, sino siguiendo su espíritu para amoldarlo a las circunstancias que se les presenten. De este modo, harán obra de creadores.

Aseveramos que como un movimiento de reacción, la árdua labor revulsiva emprendida por los señores Vautier y Presbich, es de incalculables utilidades para nuestro medio de constructores advenedizos.

Pintura

Ya que esta zona del certamen anual hubo de aparecer empobrecida en su flora y en su fauna, voluntariamente la reservamos para lo último.

No nos hallamos allí con un lienzo de transcendencia revelador de un gran temperamento o de una inteligencia lúcida que domine completamente la composición pictórica.

Resignémonos. Si en el primer y el tercer premio se usó un poquito de cordura al otorgarlos, el segundo es inexplicable e inadmisible. El criterio de zebra hizo de las suyas.

La recompensa asignada a Guillermo Buttler suscitó algunas resistencias, como si fuera indigno de ellá. Postergado durante años, soportando la indulgencia desdeñosa de quienes a través de distintos procedimientos no penetran el soplo interior que habrá en ellos, debía tocarle a ese pintor la feliz oportunidad de obtener una distinción. Los sectarios de la forma plástica pura, no contaminada por sentimiento alguno, cometen crasa equivocación de dar una importancia exagerada a lo accesorio, deprimiendo lo capital del arte de la pintura. A estas exageraciones, totalmente parciales, se debió la muerte repentina de ciertas escuelas plásticas, que trayendo su pequeña verdad, se empecinaban en circunscribirse a ella, rechazando otros puntos de vista.

Se há repetido hasta la saciedad, que Buttler era un místico, y este título se convirtió en un lugar común. Y quienes le contemplan, se creen defraudados al no sentirse hondamente conmovidos por ese lugar común del misticismo. En sus cuadros, el intrínseco valor se lo hallará en la armoniosa ordenación de sus elementos y en su atmósfera. Como alcanza esa indisoluble homogeneidad en su composición, no es tanto en el dominio de la técnica como en el centro de sí mismo.

HORACIO BUTTLER — "Desnudo"
(Tercer premio)

Hay telas que quitándolas un personaje, un árbol o un caserío, nada perderían, mientras otras — las que obedecen a una severa organización — bastará que falte una sóla brizna de yerba para que su desequilibrio sea evidente. Sucederá lo mismo con un buen poema.

Ni el color ni la materia contará mucho en los lienzos de Buttler; valen por su espiritualidad expresada con gran sencillez.

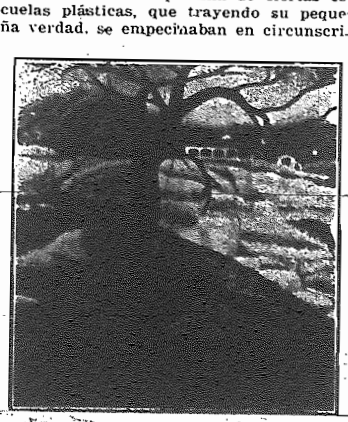
Si bregamos por los fueros del artista, no se debe a una desaforada afición hacia la modalidad restringida de su pintura, sino por irritarnos el desconocimiento y la injusticia.

A Horacio Butler, Héctor Basaldúa y Aquiles Baldi, los une una misma tendencia, interpretada con disimilares temperamentos. Los tres viven y estudian en París. Aunque un determinado parecido superficial los acerca, hay matices que los distingue. El desnudo de Horacio Buttler, fué ejecutado con grandeza y con un concepto de conjunto que lo magnifica. De ahí el vigor extraordinario que respira esa figura de mujer. En ella habrá partes flojas, pero se salva en sus líneas generales. Basaldúa, en su "Naturaleza Muerta" y en su "Figura", si no logra el acento vigoroso de su camarada, busca el carácter con firmeza y lo realiza, sino con la plenitud que fuera de desear, lo suficiente para sugerirnoslo. Aquiles Baldi, también con un desnudo y una naturaleza muerta, se muestra correcto y decidido, presentando una buena pieza de pintura. Claro, nada más por ahora.

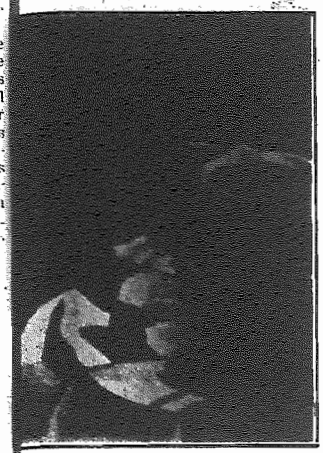
Juan Tapia con un paisaje, "El Tabaquillo", nos exhibe un maravilloso temperamento de pintor. Por sus valores tonales, por el arabesco de su composición, es el cuadro de más enjundia de este certamen, refiriéndonos exclusivamente a los paisajes.

Esos grises dorados y el total acento tónico de la armonía de su color, denota cierta madurez pictórica.

Juan del Prete, joven pintor, quien nos presenta el primer envío, que se exhibe en este Salón anual, nos proporciona quizás la nota más bella: lo es por la inmarcesible frescura de su visión, la originalidad de armonía y por la suma simplicidad de sus empastes. Pareciera que, como Van Gohg, empleara la espátula. Si su dibujo se deshace a veces y es un poco incongruo, dentro de la total valoración no daña ni afecta. Puede ser que del dibujo emplee lo imprescindiblemente necesario. Asimismo es en lo que más flaquea, y deberá asimilarse esa enseñanza a medida de su apetencia, a fin de no indigestarse. Sus cuadros son: "Pueblo", "Pueblo" y "Nota Campestre."



JUAN TAPIA "El Tabaquillo"



DOLFO TRAVASCIO — "El Mate"

dolfo Travascio posee una bien cons
ida y compuesta tela de pequeñas di
nsiones — "El Mate" — que se viste
tonos ensordecidos y aterciopelados.
severidad, la casi adustez de esta na
leza en silencio, tonifica, después
desparpajo de los lienzos detonantes
colorinche.

Raquel Forner, con "El Ciego", nos da
fuerte y equilibrado cuadro de caba
e o, mejor dicho, alcanza la justa su
dinación del personaje principal con
secundarios. Desventuradamente, su
or sigue siendo un poco crudo y rom
el modelado de su forma. Tocante a
masculinidad de su pintura, le dire
s a quienes la objetan, que la prefe
pos a la femínea insulsez de muchas
toras.

Miguel Victórica es, indudablemente
artista de una sensibilidad muy viva
gudizada. Por ser así sus varias te
se exornan de grises rosas, azules y
ados de delicadeza infinita. Y todo es
envuelto en una formalidad pictórica
usa, imprecisa y flotante. Sin embar
hay sugerencias bellísimas.

Citemos a Marteau, que aún no se de
mina a afirmarse en su paisaje urba
desprendiéndose de la copia y que, a
ar de todo, por su talento robusto en
trará la veta en sí mismo para trans
rmar la realidad banal en creación de
e: Thibon, en su "Organillero" tal vez
ncie una nueva era, abandonando pa
siempre los entretelones y las bamba
as literarias. — At.

L A H A Z A Ñ A

Pueblo español, valiente como todos los pueblos,
pueblo del 2 de Mayo
y de "fazañas tantas"
donde por sólo escudo tuviste el pecho bravo.

—

Pueblo del Cid
y de Pelayo,
Pueblo de Don Quijote: pero también del Cura
y de Sansón Carrasco;
hoy a cualquiera matador de reses
le das tu admiración, pueblo de Sancho.

—

En pos de un trapo rojo y amarillo,
te marchas a Marruecos, ciego y el testuz bajo.
Como sale a la plaza el toro, sales
a embestir a lo toro o lo soldado.

—

Pueblo de Segismundo y de Ferrer, España
del gran alcalde Crespo, justicia de bigardos:
¡deja por fin de hincarte frente al chulo
cuchilleador de reses! Más que el torero bravo,
serás valiente tú, muchacho anónimo,
campesino explotado,
capaz de rebelarte — ¿qué hazaña más sencilla?
sentirte compañero del moro, el "adversario",
al que robar pretenden los mismos que te explotan
y que son españoles y cristianos:
¡y el fusil arrojarles!... ¿Hay algo más valiente
y a la vez más sencillo que decir: Yo no mato?

Álvaro Yunque

MEMORIAS DE UNA HORCA

Fué de un modo sobrenatural como yo
e conocimiento de este legajo, donde
a pobre horca, podrida y negra, decía
o de su historia. Esta horca, intentaba
cribir sus trágicas "Memorias". Debían
profundos acontecimientos sobre la vi
Arbol, nadie sabía tan bien el miste
de la naturaleza; horca, nadie como
mejor al hombre. Nadie es tán espontá
o y verdadero como el hombre que se re
erce en la punta de una cuerda; ¡a no
r aquél que se lo carga sobre los hom
os!... Desgraciadamente, la pobre hor
se pudrió y murió.

Entre los apuntes que dejó, los menos
mpletos son los que copio; resumen de
s dolores, vaga apariencia de gritos ins
tivos. ¡Ojalá ella pudiera haber escrito
vida compleja, llena de sangre y de
elancolía!... Es tiempo de que sepamos,
fin, cuál es la opinión que la vasta na
raleza — montes, árboles y aguas —
rman del hombre imperceptible. Tal vez
te sentimiento me lleve aún algún día
publicar papeles que guardo avaramen
y que son las "Memorias" de un áto
o y los "Apuntes de viaje de una raíz
ciprés".

Dice así el fragmento que yo copio, y
le es simplemente el prólogo de las "Me
orias.":

"Soy de una antigua famila de encinas,
za austera y fuerte, que ya en la anti
iedad dejaba caer de sus ramas pensa
ientos para Platón. Era una familia hos
talaria e histórica; de ella habían salido
navíos para la ruta tenebrosa de las In
dias, remates de lanzas para los alucina
dos de las Cruzadas, y vigas para los te
chos sencillos y perfumados que cobija
ron a Savonarola, Espinosa y Lutero...
Mi padre, olvidado de sus tradiciones so
noras y de su heráldica vegetal, tuvo una
vida inerte, material y profana. No respe
taba las nobles éticas antiguas ni la ideal
tradición religiosa ni los deberes de la
historia....

Era un árbol materialista. Había sido
pervertido por los enciclopedistas de la ve
getación. No tenía fe ni alma ni Dios...

Tenía la religión del sol, de la savia y
del agua. Era un gran libertino de la sel
va pensativa. En el verano, mientras sen
tía la fermentación violenta de las savias,
cantaba moviéndose al sol, acogía los gran
des conciertos de los pájaros bohemios, es
cupía la lluvia sobre el pueblo encorvado
y humilde de las hierbas y de las plan
tas, y de noche, enlazado por las enrede
ras lascivas, resonaba bajo el silencio si
deral. Cuando venía el invierno, con la
pasividad animal de un mendigo, erguía
hacia la impasible ironía del azul sus bra
zos flacos y suplicantes...

"Por eso nosotros, sus hijos, no fuimos
felices en la vida vegetal. Uno de mis
hermanos fué llevado para convertirse en
tablado de payasos; rama contemplativa
y romántica, iba todas las noches a ser
pisado por la mofa, por el escarnio, por
la farsa y por el hambre... La otra ra
ma, luchadora de los vientos y de las nie
ves, fuerte y trabajadora, fué arrancada
de entre nosotros para ir a ser tabla de
un esquife.. Yo, el más lastimoso, vine
a ser horca.

"Desde pequeño fuí triste y compasivo
Tenía grandes intimidades en la selva. Yo
sólo quería el bien, la risa, la dilatación
saludable de las fibras y de las almas. El
"orbayo" en que la noche me bañaba, tras
mitíalo a unas pobres violetas que vivían
por debajo de nosotros; dulces muchachi
tas luctuosas, melancolías condensadas y
vivas de la gran alma silenciosa de la ve
getación. Acariciaba a todos los pájaros
en la víspera de los temporales. Era yo
quien aislaba la lluvia. Ella venía con los
cabellos desmelenados, perseguida, mordi
da, azotada por el viento... Yo abríale los
ramajes y las hojas y escondíala allí en el
calor de la savia. El viento pasaba, con
fuso e imbecil. Entonces la pobre lluvia,
que lo veía lejos, silbando lascivo, dejá
base escurrir silenciosamente por el tron
co, gota a gota, para que el viento no la
sintiese; y luego iba a rastras, entre la
hierba, a recogerse en la vasta Madre
Agua. Por esa época tuve amistad con
un ruiseñor que venía a conversar conmi
go durante las largas horas condensadas
del silencio. ¡El pobre ruiseñor tenía una
pena de amor!... Había vivido en un país
distante, donde los noviazgos tienen más
blandas perezas; allí se había enamorado;
conmigo lloraba en suspiros líricos. Y tan
mística pena era, que me dijeron que el
triste, de dolor y de desesperanza, se ha
bía dejado caer en el agua. ¡Pobre ruise
ñor!... ¡Nadie tan amante, tan viudo y
tan casto!...

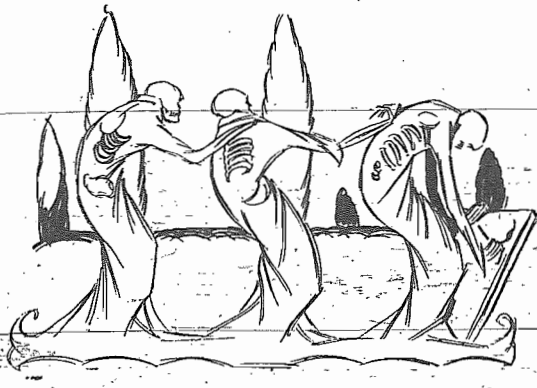
"Yo quería proteger a todos los que vi
ven. Y cuando las muchachas del campo
venían junto a mí a llorar, yo levantaba
siempre mis ramas como dedos, para se
ñalar a la pobre alma afligida de lágrimas
todos los caminos del cielo. ¡Nunca más,
nunca más, verde mocedad distante!...

"Por fin yo había de entrar en la vida
de la realidad. Un día, uno de esos hom
bres metalizados que hacen el tráfico de
la vegetación vino a arrancarme del ár
bol. No sabía para qué me querían. De
járonme sobre un carro, y al caer la no
che, los bueyes comenzaron a caminar.
Mientras que al lado un hombre cantaba
en silencio, yo iba herido y desfallecido.
Veía las estrellas con sus miradas alucí
nantes y frías. Sentíame desviado de la
gran selva. Oía el rumor gemebundo, in
definido y arrastrado de los árboles.
Eran voces amigas que me llamaban.

"Por encima de mí, volaban aves inmen
sas. Sentíame desfallecer, en un sopor ve
getal, como si estuviera disipándome. No
me adormecí. Al amanecer estábamos en
trando en una ciudad. Las ventanas mirá
banme con ojos ensangrentados y llenos
de un sol irritado. Yo sólo conocía las
ciudades por las historias que de ellas se
contaban las golondrinas, en las veladas
sonoras de la espesura. Pero como iba
echado y amarrado con cuerdas, apenas
veía el humo y un aire opaco. Oía el ru
mor áspero y desafinado, donde había so
llozos, risas, bostezos y, además, el sordo
asalto del fauno. Lo sentía por fin, el olor
mortal del hombre. Fuí arrojado en un
patio infecto, donde no había azul ni
aire. Comencé entonces a comprender que
una gran inmundicia cubre el alma de
los hombres, puesto que se esconde tanto
a la vista del sol.

"Unos hombres vinieron, que me gol
pearon despreciativamente los piés. Yo
estaba en un tal estado de sopor y mate
rialidad, que ni sentía las nostalgias de
la patria vegetal. Al otro día un hombre
vino hacia mí, y me dió varios golpes de
martillo. No sentí nada. Cuando volví en
mí iba otra vez amarrado al carro. Y por
la noche, un hombre aguijoneaba a los
bueyes cantando. Parecióme que yo estaba
transformado en otra vida orgánica. No
sentía la magnética fermentación de la
savia, la energía vital de los filamentos
y la superficie viva de las cortezas. En
derredor del vehículo iban otros hombres
a pie. Bajo la blancura silenciosa y com
pasiva de la luna, tuve una nostalgía in
finita de los campos, del aroma de los
henos, de las aves, de las hierbas, de to
da el alma vivificadora de Dios que se
mueve entre el ramaje.

"Yo sentía que iba hacia una vida real,
de servicio y de trabajo. Pero ¿cuál? Ha
bía oído hablar de los árboles que calien
tan y fecundan, y sintiendo entre la con
vivencia del hombre la nostalgia de Dios,



luchan con sus brazos de llamas para desprenderse de la tierra, disípanse en la augusta transfiguración del humo, van a ser nubes, a disfrutar de la intimidad de las estrellas y del azul, a vivir de la serenidad blanca y altiva de los inmortales y a sentir los pasos de Dios...

"Yo había oído hablar de los que van a ser vigas de la casa del hombre; esos infelices privilegiados sienten en la penumbra amorosa la fuerza de los besos y de las risas; son amados, vestidos, lavados; recuéstanse en ellos los cuerpos doloridos de los Cristos; son los de la pasión humana; sienten la alegría dichosa de aquellos a quienes protegen, y risas de los niños, ayes de enamorados, confidencias, suspiros, elegías de la voz; todo lo que les hace recordar las murmuraciones del agua, el estremecimiento de las hojas y los murmullos de los vientos; toda esa gracia se desliza sobre ellos que ya gozaron la luz de la materia como una inmensa y bondadosa luz del alma.

"Yo había oído hablar también de los árboles del buen destino, que vienen a ser mástil de navío, a saturarse del olor del oleaje y a sentir los leyendas del temporal: a viajar, a ver, a luchar, a vivir, llevados por las aguas a través del infinito entre sorpresas errantes como almas arrancadas del cuerpo que hacen por primera vez el viaje al cielo.

"¿Qué iría yo a ser?... Llegamos. Tuve entonces la visión real de mi destino. Yo iba a ser horca...

"Quedé inerte. Disuelto en aflicción. Me levantaron. Me dejaron solo, tenebroso, en un campo. Por fin había entrado en la realidad punzante de mi vida. Mi destino era matar. Los hombres cuyas manos siempre andan llenas de grilletes, de cuerdas y de esposas, habían venido a los encinares austeros a buscar un cómplice. Yo iba a ser el eterno compañero de las agonías. Atados a mí iban a balancearse los cadáveres, como antaño se balanceaban los ramajes salpicados de rocío.

"Yo iba a dar esos negros frutos: los muertos... Mi rocío sería de sangre. Iba a escuchar para siempre, yo, el compañero de los pájaros, dulces tenores errantes, las agonías sollozantes, los gemidos de la sofocación. Las almas, al partir, iban a rasgarse en mis clavos. Yo, el árbol del silencio y del misterio religioso; yo, lleno de la augusta alegría del rocío y de los albos sonoros de la vida; yo, a quien Dios conocía como buen consolador, había de mostrarme a las nubes, al viento, a mis antiguos camaradas puros y justos, con la intimidad de la podredumbre, de camaradería con el verdugo sosteniendo a un cadáver por el cuello para que los cuervos lo devoren.

"Quedé yerto e impasible, como en nuestros bosques los lobos cuando se sienten morir. Era la aflicción. Yo veía a lo lejos la ciudad cubierta de niebla.

"Salió el sol. En derredor de mí comenzó a congregarse el pueblo. Después, a través de un desfallecimiento, sentí el ruido de músicas tristes, el rumor pesado de los batallones y los cantos dolientes de los clérigos.

"Entre dos cirios venía un hombre lívido. Entonces, confusamente, como en las apariencias inconscientes de un sueño, sentí un estremecimiento, una vibración eléctrica, después de la melodía monstruosa y arrastrada del canto católico de los muertos.

"Recobré el conocimiento. Estaba solo, el pueblo se dispersaba y descendía hacia los poblados. ¡Nadie! La voz de los clérigos descendía lentamente como el agua de una marea. Era el fin de la tarde. Vi. Vi libremente. ¡Vi! Colgado de mí, yerto, escuálido, con la cabeza caída y dislocada, estaba el ahorcado.

"Yo sentía el frío y la lenta ascensión de la podredumbre. Iba a quedarme allí de noche, solo, en aquel descampado siniestro, teniendo en los brazos aquel cadáver. ¡Nadie!...

"Caía el sol, el sol puro. ¿Dónde estaba el alma de aquel cadáver? ¿Había pasado ya? ¿Se había disipado en la luz, en los vapores, en las vibraciones? Yo sentía los pasos de la triste noche que venía. El viento balanceaba el cadáver; la cuerda crujía.

"Yo temblaba en una fiebre vegetal, dilacerante y silenciosa. No podía quedar allí solo. El viento me iba a llevar, arrojándome en pedazos hacia la antigua patria de las hojas. No. El viento era blando; casi solamente era la respiración de la sombra. ¿Había llegado entonces la época en que la gran naturaleza religiosa era abandonada a las fieras humanas? ¿Las encinas ya no eran, pues, un alma? ¿Podía con justicia venir el hacha en las cuerdas a buscar las ramas creadas por la savia, por el aire y por el sol, trabajo forzado de la naturaleza, forma resplandeciente de la intención de Dios, y llevarlas hacia las impiedades, hacia los esquifes donde se pudren los cuerpos? ¿Y los ramajes puros, que fueron testigos de las religiones, ya no servían sino para ejecutar las miserias humanas? ¿Servían sólo para sostener las cuerdas donde los saltimbanquis bailan ante los condenados? No podía ser.

"Pesaba sobre la naturaleza una fatalidad infame. Las almas de los muertos, que saben el secreto, que comprenden la vegetación, juzgarán grotesco que los árboles, después de haber sido colocados por Dios en el bosque con los brazos tendidos para bendecir la tierra y el agua, fuesen obligados por el hombre a extender el brazo de la horca para bendecir a los verdugos.

"Y después de sustentar las ramas de verdor — que son los hilos misteriosos sumergidos en el azul por donde Dios ata a la tierra, habían de sustentar las cuerdas de la horca, que son los hilos infames por donde el hombre se ata a la podredumbre. No; si las raíces de los cipreses contasen esto en casa de los muertos, harían estallar de risa a la sepultura.

"Así hablaba yo en la soledad. La noche venía lenta y fatal. Comencé a sentir palpitaciones de alas. Volaban sombras por encima de mí. Eran los cuervos. Se posaron. Yo sentía el rozar de sus plumas inmundas; clavaban los picos en mi cuerpo. Colgábanse ruidosos, clavándome las garras.

"Uno se posó en el cadáver y se puso a roerle la faz. Sollocé dentro de mí. Pedí a Dios que me pudriese súbitamente.

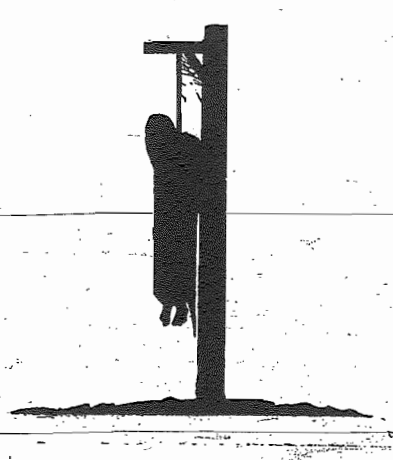
"Era un árbol de los bosques a quien los vientos faltaban. Servía ahora para afilar los picos de los cuervos y para que los hombres colgasen de allí los cadáveres con vestidos viejos de carne desarrapados. ¡Oh, Dios mío! — sollozaba yo todavía. — Yo no quiero ser signo de tortura; yo alimentaba y no quiero aniquilar. Era la amiga del sembrador y no quiero ser aliada del sepulturero. Yo no puedo y no sé ser la justicia. La vegetación tiene una augusta ignorancia; la ignorancia del sol, del rocío y de los astros. Los buenos, los angélicos, los malos, son los mismos cuerpos inviolables para la gran naturaleza sublime y compasiva.

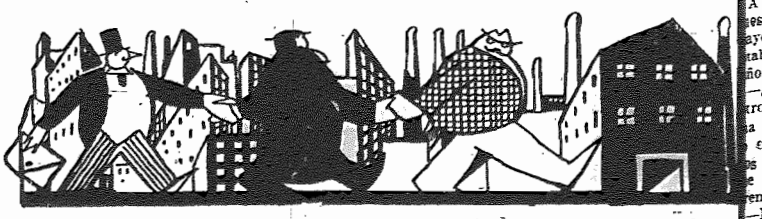
"¡Oh, Dios mío! Libértame de este mal humano tan grande y tan aguzado que se excede a sí mismo, atraviesa de parte a parte la naturaleza y aun te va a herir a ti en el cielo. ¡Oh, Dios! El cielo azul todas mañanas me daba los rocíos, el calor fecundo, la belleza inmaterial y fluida de la blancura, la transfiguración de la luz, toda la bondad, toda la gracia, toda la salud. No quieras que en compensación yo le muestre mañana a su primera mirada este cadáver desarrapado.

"Pero Dios dormía entre sus paraísos de luz. Viví tres años en estas angustias.

"Ahorqué a un hombre, a un pensador, a un político hijo del bien y de la verdad, alma hermosa llena de las formas del ideal combatiente de la luz. Fué vencido; fué ahorcado.

"Ahorqué a un hombre que había amado a una mujer y había huído con ella.





Su crimen era el amor que Platón llamó "misterio" y Jesús llama "ley". El Código castigó la atracción magnética de las almas y corrigió a Dios en la horca.

"Ahorqué también a un ladrón. Era este un hombre también jornalero. Tenía mujer, hijos, hermanos y madre. En un invierno no tuvo trabajo ni lumbre ni pan. Atacado de una desesperación nerviosa, robó. Fué ahorcado a la puesta del sol. Los cuervos no vinieron. El cuerpo fué a tierra limpio, puro y sano. Era un pobre cuerpo que había sucumbido porque yo le apreté de más, como el alma había sucumbido porque Dios la había ensanchado y henchido.

"Ahorqué a veinte. Los cuervos me conocieron. La Naturaleza veía mi dolor íntimo; no me despreció; el sol me iluminaba con glorificación; las nubes venían a arrostrar ante mí su blanca desnudez; el viento me hablaba y me contaba la leyenda que yo había olvidado; la vegetación me saludaba con inclinaciones de follaje; Dios me mandaba el rocío, frescura que prometía el natural perdón.

"Envejecí, vinieron las arrugas oscuras. La gran vegetación que me sentía entibiar me mandó sus vestidos de enredadera. Los cuervos no habían vuelto; no habían vuelto los verdugos. Sentí entrar en mí la antigua serenidad de la Naturaleza. Las florescencias, que habían huído de mí dejándome sólo el suelo áspero, comenzaron a nacer, a volver en derredor de mí, como amigas verdes y esperanzadas. La Naturaleza parecía consolarme. Yo sentía llegar la podredumbre. Un día de niebla y de viento dejéme caer tristemente en el suelo entre la maleza y la humedad, y me dispuse silenciosamente a morir.

"Los musgos y las malezas me cubrieron, y yo me comencé a disolver en la materia enorme con una blandura inefable.

"El cuerpo se me enfría; yo tengo la conciencia de mi transformación lenta de podredumbre en tierra. ¡Voy! ¡Voy! ¡Oh, tierra, adiós! Yo me derramo y por las raíces. Los átomos huyen hacia toda la vasta naturaleza, hacia el vendor, hacia la luz... ¡Oh antigua Cibeles, Yo voy a embeberme en la circulación material de tu cuerpo... Veo indistintamente la apariencia humana como una confusión de ideas, de deseos, de desalientos, por los cuales pasan pausadamente cadáveres bailando. Apenas te veo, ¡oh dolor humano!, en medio de la vasta felicidad difusa del azul, tú eres como un hilo de sangre. Las eflorescencias, como vidas hambrientas, comienzan a poblarme. ¿No es verdad que aún hoy abajo, en el poniente, los buitres hacen el inventario del cuerpo humano? ¡Oh materia! Yo veo ya los astros correr como lágrimas por la faz del sol. ¿Quién llora así? ¡Yo me siento diluído en la vida formidable de la tierra!... ¡Oh mundo oscuro, de fango y de oro, que eres un astro en el infinito, adiós, adiós!... Te dejo heredero de mi cuerda podrida"...

E Ç A D E Q U E I R O Z

LOS NUMEROS 5

La mitad de nuestra compañía estaba en una colina, no lejos de una batería pesada. La otra mitad, de la cual formaba yo parte, se había distribuído en los surcos de un campo de patatas, bastante lejos del grueso del ejército que desde hacía dos horas sostenía un débil tiroteo con la infantería enemiga, desparramada tras de una pradera pantanosa sobre una pequeña elevación en forma de corona. En el campo de patatas, entre las plantas amarillentas y ya heladas, donde estábamos acostados nosotros, levantábase a cada momento un humo blanquecino y partía una bala hacia la vasta pradera, hasta la colina, donde los soldados del enemigo aparecían pequeñitos como flores esparcidas por el campo verde.

Una detonación sonó junto a mi oreja y se perdió en el aire ligero, que ese día estaba clarísimo.

Yo estaba acostado en un surco profundo, pegado a la gleba pedregosa, con el fusil cargado tendido hacia adelante. No tiraba. Tirar me parecía inútil. Las plantas de patatas se balanceaban ante mi rostro, hediendo a hojas putrefactas. Miraba a la comarca, y todo lo que aparecía en el amplio cuadro extendido ante mí me agradaba inmensamente. El paisaje estaba libre y el tiroteo del ejército poco numeroso daba más la impresión de una maniobra que de una batalla. Daba gusto sentirse en esa comarca baja, y estábamos bien acostados en los surcos. Alegraban mi vista los bellos tintes otoñales que cubrían de matices variados los campos chatos y los bosquecillos lejanos.

Ante mí estaba acostado Vanek. Era un hombre alto, huesudo, de barba descolorida y revuelta, pero de mirada bonachona y de rostro sencillo. Solía mantenerse apartado, con cierta timidez campesina, y reflexionaba. Era ya de cierta edad, casado y padre de tres chicos, por lo que había podido saber de él. Sus grandes botas de suela gruesa tenían la punta hundida en el surco y su pantalón estaba manchado de tierra.

—Se está bien aquí, ¿verdad Vanek? — le dije.

—Si estuviéramos así todos los días podríamos estar contentos.

—¡Oh! nuestro paisano (llamábamos a Vanek el paisano), dijo el soldado Ejem, que tenía una voz aflautada y desagradable, está aquí en su elemento. Les toma el olor a las patatas, — prosiguió burlándose. — ¡Si pudiese arrancar algunas y llevárselas a su mujer!

—¿Por qué no? — contestó tranquilamente Vanek.

—Aquí te revuelcas entre las patatas — insistió Ejem, — y en tu tierra, cuando te dan una, no sabes lo que es y vas a preguntar al vecino.

Los soldados volvieron a reirse. Vanek gruñó algo, pero tuvo que reir con los demás.

Entonces divisamos al mayor Holas que se dirigía a nuestro pelotón montado en un caballo grande, por el camino que corría detrás de una loma, de modo que los tiros enemigos no podían alcanzarlo. El caballo venía al trote; su pecho liso relucía al sol y sacudía con inquietud su cabeza erguida. De la boca le caía una espuma blanca y sus patas se movían en el aire como varillas de metal negras y cimbrantes. La túnica parda del cuello de oro del mayor, el pantalón azul y las botas se dibujaban con precisión. Oíamos el ruido de los cascos y el relincho del caballo; hasta nos parecía percibir el chasquido de la lengua del mayor y el rechinar extraño de sus botas contra las correas.

—Ahí viene el mayor, exclamó Ejem y todos nos quedamos como asustados. Vanek se movió tratando de acostarse como le habían enseñado que debía hacer en el ejercicio y como lo prescribía la teoría.

—Viene montado en su caballo negro — dijo Ejem con tono cantante y afectado, apuntando con su fusil, — tenemos que ponernos como si tiráramos — añadió cambiando de posición.

A causa de su severidad exagerada, nuestros jóvenes soldados no querían al mayor Holay, no acostumbrados, como estaban, al duro servicio militar de campaña en que él se había criado.

—¿Por qué viene adonde estamos nosotros?, — pensaba yo con temor, en una especie de fiebre; — tal vez porque estamos bien acostados aquí y tiramos poco. Seguramente nos va a mandar a que nos acostemos de otro modo y que hagamos de otro modo.

—Hagan fuego, hagan fuego. — ordenó con voz sorda el teniente Schuster, que hasta entonces no había dicho palabra. — Tiren bien y mucho. ¡Tire Huffy! ¡Tire, Ejem! ¡Atención Polak! Las detonaciones retumbaron más nutridas en nuestro pelotón, en el campo de patatas, y una nube de humo blanco se elevó en el aire. Apuntábamos y disparábamos más vivamente como si esta acción nos hubiese desprovista de significación nos entusiasmara. ¡Dios sabe cómo! El mayor Holay ejercía esa influencia sobre nosotros; le teníamos miedo y la mayor parte de los soldados lo detestaban. Su cara llena, de doble papada, de una blancura de leche, enteramente afeitada menos el bigote y unas chuletas cortas, con una nariz grande y puntiaguda, los ojos apretados y ojos entreabiertos entre las pestañas grises, era demasiado fría, hosca y desagradable para inspirar en nadie simpatía. No sonreía nunca; siempre estaba mirando algo y de rato en rato gritaba, en palabras breves y duras, sus órdenes extravagantes.

Estaba como a unos seis pasos de nosotros. Hacíamos un fuego nutrido y mirábamos de soslayo al mayor.

De pronto, una bala silbó en otra dirección y al instante vimos a Holay inclinarse hacia atrás y caer del caballo.

—Le han pegado. Esta idea me atravesó por la mente y se apoderó de mí con la angustia singular.

—¡Es uno de ustedes! — gritó Schuster avanzando entre los surcos donde estábamos acostados. Sus piernas metidas en el pantalón negro y ancho pasaron por encima de mí. Sentí un estremecimiento desagradable.

Nadie contestó. El brusco grito del teniente se disipó en el otoño gratamente caldeado.

—¡Uno de aquí! ¿Quién es?, — volvió a gritar con furiosa pasión.

Nosotros, mudos, mirábamos al mayor caído. Su enorme cuerpo se había encorvado hacia atrás, el quepís se le había caído y un pié le había quedado encajado en el estribo. El caballo se irguió desbocándose de golpe echó a galopar por la inmensa llanura. El cuerpo del mayor quedó en el camino.

Ninguno de nosotros había hablado hasta entonces. El teniente, muy nervioso, seguía gritando y examinaba los fusiles uno por uno; todos apuntaban a un enemigo. Nosotros no tirábamos, no nos movíamos. Una fuerte emoción nos cortaba el aliento. Los ojos negros y chispeantes de Schuster brillaban de cólera mirando los soldados tendidos.

—¿Quién es? — volvió a gritar, con la cara vuelta hacia donde estaba nuestro jefe muerto.

Yo me levanté y me coloqué frente a él. Se sobresaltó.

—No podemos dejar al mayor allí — le dije con voz muy franca, mirándolo en los ojos. — Tal vez no esté más que herido. Tenemos que socorrerlo.

Yo hablaba ligero, dándome vuelta, olvidando todos los reglamentos militares.

Se quedó estupefacto, sorprendido de que yo hubiera hablado de pronto de una cosa tan distinta de la que él expresaba. Cierta perplejidad se apoderó de él y los ojos se le apagaron. Limitóse a balbucear una palabra imprecisa. Uno se puso a reir y esa breve carcajada enfureció al teniente.

—Hay que sacarlo de allí — dije con firmeza.

—Sí, sí, — dijo distraídamente, — lo sacaremos. ¡Naturalmente que lo sacaremos!

Y miró en torno suyo.

De pronto, por su orden, un cabo y cuatro soldados se llevaron el cuerpo del mayor. Ya no tirábamos. Nos dábamos vuelta sin cesar hacia el punto donde había caído el mayor. Su caballo había desaparecido a lo lejos, cerca de una carretera, entre los árboles, galopando con la crin al viento.

Una hora más tarde la infantería enemiga retrocedió y nuestra sección incorporóse al grueso del ejército. Marchábamos sin decir palabra, enervados, angustiados. Yo no hacía más que pensar en el mayor Holay, en su semblante severo, de una palidez láctea y sus ojos que pestañeaban. Una extraña pena me invadió y mientras andaba íbame acordando de diversos incidentes. Por momentos me convencía en realidad que había sido un buen hombre, y hasta dije en voz alta:

—No lo han comprendido, no lo han comprendido.

Apenas habíamos llegado adonde estaba nuestra compañía, cuando nuestro capitán, con la cara escarlata, se apareció a caballo. Schuster adelantóse y le dió cuenta de lo que había ocurrido.

—Ya sé — repuso severamente el capitán. — El tiro ha salido de nuestra unidad. La bala encontrada en el pecho del mayor Holay es una de nuestras balas.

Luego se volvió hacia nosotros.

—¿Quién ha hecho eso? — preguntó irguiéndose sobre su cabalgadura corpulenta.

Nadie contestó.

—¡Que se denuncie él mismo! — gritó. En las filas reinó un profundo silencio.

—Ya saben que en campaña no hay tiempo de levantar sumarios. Si no dicen quién es los haré fusilar a todos.

El teniente Schuster, que estaba junto al capitán, asumió a estas palabras un continente severo y comenzó a retorcer su negro bigote.

—Dentro de cinco minutos — gritó el capitán, — los haré formar; los exhorto a que denuncien el bandido que ha asesinado al mayor. Si no, los fusilaré a todos.

Y espoleando a su caballo, se alejó rápidamente.

Sentí que una gran angustia me penetraba. Las palabras del capitán habían resonado severas y glaciales. Pasaban por mi memoria los artículos del Código Militar, donde por doquiera se leía:

"Muerte".

Los hombres comenzaban a agitarse.

—No nos sacarán una palabra — se juraron entre ellos.

—Por lo demás, no nos harán gran cosa — dijo uno; y los otros repitieron la misma frase con insistencia. En la sección se notaba cierto movimiento, cierta nerviosidad. Todos reían; menos yo, que estaba lleno de tristeza y de zozobra.

Al cabo de un momento, el capitán volvió muy acalorado. Traía una orden del coronel. Al verlo nos callamos, mirándonos tímidamente los unos a los otros. La cólera le ensombrecía el semblante; su barba parecía más gris y daba la impresión de estar más resuelto y más de prisa que de costumbre. Su caballo se encabritaba sin cesar, sin que pudiera sosegarlo y entre nosotros cesó la risa. Un rumor grave se apoderó de todos cuando el capitán se acercó a nosotros y exclamó:

—¿Van a denunciar al criminal?

Su voz era glacial, menos estridente que hace un momento, pero más penetrante.

Me pasó un escalofrío de pies a cabeza y me volví hacia los soldados, como esperando que alguien hablara. Se extendió un hondo y opresor silencio.

Entonces el capitán se llegó a nosotros y le dijo algo al teniente Schuster, cuyo rostro, por razones que yo ignoraba, se puso púrpura. Luego levantó bien alto la cabeza y nos ordenó que nos alineáramos en una sola fila sin atender al grado ni a la talla.

—Pronto, pronto — gritó, viendo que los soldados se alineaban con desconfianza, lentitud y temor.

Al pasar yo delante de Schuster, murmuró:

—Los números cinco... atención...

Algo de enorme, de obscuramente grande me oprimió. Mi corazón se puso a latir; la sangre me subió a la cabeza y los ojos me ardieron. No comprendí al punto las palabras del teniente, y ocupé mi lugar en la larga fila que se extendía a la derecha, casi en el extremo de la línea. No podía reflexionar, no tenía una idea precisa y oía como en un sueño los gritos del capitán, cuyo pantalón estirado sobre las piernas musculosas tenía constantemente ante los ojos.

—Pronto, pronto — clamaba; — en fila, en fila.

De pronto se hizo una luz en mi espíritu. "¡Los números cinco!". Aquello resonaba en mi oído y comprendí el aviso confidencial de Schuster. "Los números cinco serán fusilados", me repetía a mí mismo y abatido por la angustia, me puse a contar empezando por la derecha.

Yo era el décimo. Una onda de calor me atravesó; el espanto estrujó mi alma, y una fuerza extraña a mí me hizo asir del brazo al hombre que tenía a mi derecha, tirarlo hacia la izquierda y ocupar vivamente su sitio. Nadie paró mientes en ello. Sentí menos calor. Estaba salvado.

Sólo entonces me fijé en el hombre a quien acababa de condenar a muerte...

Era Vanek. Estaba tranquilo, con aire bonachón, sin sospechar nada, con sus manos gastadas y heridas por el trabajo sobre el fusil. Miraba a su frente con la misma mirada sincera que yo le conocía y con la confianza del campesino honrado esperaba una decisión justa. Una débil y conmovedora sonrisa vagaba sobre sus labios y en sus ojos lucía una complaciente bondad por todo el mundo.

En ese instante me sentí herido por una profunda pena. Quise ocupar de nuevo mi antiguo sitio, pero el capitán me vió.

—¡Quédese en su lugar! — gritó, poniéndose colorado hasta la raíz del pelo. Sus grandes ojos le salían de las órbitas. El primero que se mueva será fusilado en el acto.

Hubo un silencio total. Dentro de mí el corazón me latía lentamente, pero terriblemente fuerte. Me volví hacia Vanek. Sonreía y miraba la llanura extendida ante nosotros, por la cual adelantábase el coronel con algunos oficiales. Detrás de ellos marchaba una compañía de infantería, de un regimiento que me era desconocido. Todo ocurrió en breves instantes, con severidad, sin que se pronunciara una palabra, de modo misterioso y terrible. Mis miradas se dirigían de un lado a otro, aguardando un momento propicio para restituir a Vanek a su sitio anterior. Pero no podía moverme; el capitán no me quitaba los ojos de encima.

Entretanto el teniente Schuster se adelantaba hacia la fila, y más alto, más grave, empezó a contar: — "Uno, dos, tres, cuatro, cinco!" y tomando del cuello el soldado número cinco lo hizo hacer dos pasos al frente. Luego su voz siguió resonando más cerca de mí: "Uno, dos, tres, cuatro, cinco! Y Vanek dió dos pasos al frente. Sonreía con embarazo y miraba en torno suyo con aire bonachón como si lo hubieran ascendido o le fueran a dar una medalla. Todavía no se daba cuenta de lo que pasaba; y a mí me ahogaba una piedad profunda, lleno de tormento y de dolor.

La voz de Schuster seguía resonando mientras se alejaba hacia la izquierda. Ante nosotros había algunos hombres. No sabían como colocarse y miraban con perplejidad a los oficiales.

Una angustia cada vez más grande y más fuerte me estrañía el corazón y la garganta. Todos estábamos pálidos y aterrados. Vanek se dió vuelta y como un chico nos sonrió a todos nosotros. Pero al sentirse mirado por uno de los oficiales, rectificó su posición, y según el reglamento se puso a mirar con fijeza al frente, en el vacío.

Me acordé entonces de los momentos que había pasado con él y me asaltó la idea desgarradora de que Vanek dejaba tres hijos.

—Es espantoso — murmuraba yo, estremecido. No tenía, sin embargo, la fuerza de hacer nada para salvarlo. Una falta de energía de que yo no me formaba una idea y que sin duda provenía del fondo de la flaqueza humana, me paralizaba. Pero en mis ojos se sucedían impresiones de calor, de lágrimas, de cólera impotente. Estaba deshecho pero no podía yo mirar con más valor lo que sucedía en torno mío.

Schuster había ya acabado de contar. Frente a nosotros había veintiún hombres.

Con paso rápido y un orden no acostumbrado, de la compañía que acababa de llegar se destacaron ocho hombres que desarmaron a los soldados.

Vanek palideció y en el desfallecimiento se le encorvó todo el cuerpo. — "Dios mío" gimió débilmente y sus dedos huesudos y encallecidos se crisparon. Se volvió hacia mí y bajó la cabeza. Las palabras de una plegaria de mi niñez, que recordaba bien, se me embrollaron en la lengua. Quise murmurar: "Perdón", pero la palabra se me atravesó en los labios, pues se oyó una voz de mando y Schuster, con una decisión singular (siempre estaba riñendo a alguien con su vozarrón que me sonaba de un modo extraño en los oídos) nos sacó de allí precipitadamente, llevándonos hasta las primeras filas extendidas detrás de la infantería enemiga que se retiraba.

Ibamos de prisa como bestias feroces, en un silencio absoluto. Estábamos todos bajo la impresión del castigo implacable y todos pensábamos sin duda, en los que habían quedado atrás. A mí me temblaba todo el cuerpo.

Todos los incidentes, todos los semblantes de los soldados me venían al espíritu, y a quién más veía era a Vanek con su sonrisa infantil. De pronto sentí que todo mi ser se ponía tenso; una onda de calor me subió a las mejillas y en medio de los ruidos cambiantes escuché con atención estremecida las detonaciones.

En ese instante estalló una salva detrás de nosotros. Lancé un débil grito y todo se obscureció ante mis ojos. Algo me hacía daño dentro del pecho y mi corazón se partía y me invadió una honda tristeza.

Me puse entonces a recitar el Padre Nuestro con tanto fervor y sinceridad como en el tiempo de mi más tierna infancia.

F. J. SVOBODA

RUDOLF ROCKER

Tras rejas y alambre de púa

(Ultimo capítulo del libro reciente de Rocker, con el mismo título)

Por la misma época que se convirtió finalmente en realidad el intercambio de prisioneros civiles ingleses y alemanes, se llegó también entre ambos gobiernos a un acuerdo de que se había hablado hacía mucho. Los terribles efectos de la larga prisión eran tan evidentes en el estado de ánimo de los internados, que por fin se vió en los círculos dirigentes que debía hacerse algo para evitar una catástrofe. Entre los prisioneros cambiados se encontraba por ambas partes un gran número que había caído durante su internamiento en la enagenación mental. Ese fenómeno alarmante agudizó algo la conciencia de los gobernantes de ambas partes y finalmente se convino que los prisioneros que tuvieron que pasar su existencia desde el comienzo de la guerra tras alambre de púa y rejas, pero principalmente aquellos en quienes una investigación médica comprobara una nerviosidad en alto grado y trastornos mentales, serían internados en un país neutral, donde se les daría ocasión de reponerse de las consecuencias de la prisión mediante mejores condiciones de vida y mayor libertad personal.

A fines de enero se dictó entre nosotros el primer aviso diciendo que los prisioneros que por razones de salud creían tener derecho a un internado en Holanda se debían presentar a una revisación médica. La primera investigación fué hecha por el médico inglés del campo de concentración. Después, aquellos que el médico juzgó apropiados, fueron examinados de nuevo por un médico del Home Office, que determinaba entonces el nombre que sería colocado en la "lista holandesa". Al primer anuncio se presentaron algunos centenares de prisioneros, de los cuales sólo una pequeña parte fué tenida en cuenta, pues la mayoría de las gentes había sido elegida del campo de concentración de Knockaloe, donde como se sabe las condiciones eran mucho peores que entre nosotros.

Yo me encontraba entonces en un estado poco envidiable. Un dolor de estómago persistente que había contraído en la prisión, me obligó a ingresar de nuevo unas semanas en el lazareto. No podía tolerar ninguna suerte de comida, ni siquiera la leche rarificada podía digerir mi estómago. El viejo Dr. Dove, una buena persona, se esforzó todo lo que pudo por ayudarme a reponerme. Tres semanas más tarde pude volver a mi labor en el batallón, pero sentí que mi salud, hasta entonces tan vigorosa, había sido fuertemente quebrantada. En realidad tuve que someterme después en Amsterdam a una operación extremadamente dolorosa para dominar el mal.

Pero aún peor que aquel dolor físico era la depresión moral que me embargaba entonces y que tal vez era fomentada por la enfermedad. Todos los esfuerzos de mis amigos de afuera para obtener la liberación de mi compañera habían fracasado, de manera que no nos quedaba más que esperar. Milly se mantenía siempre valiente, pero de sus cartas pude deducir la irritación interna que había dejado en ella la esperanza frustrada. El pensamiento de la necesidad de hacer algo para hallar un desenlace a la situación insoportable me perseguía sin cesar, pero sobre lo que acontecería no podía prever nada. Ya en diciembre, cuando pareció evidente el asunto del internamiento de los prisioneros civiles en países neutrales, hablé con el doctor Vischer, de la embajada suiza, que se despidió entonces de nosotros y regresó poco después a Suiza. Le pregunté si les sería permitido a las mujeres de los internados que tuvieran que ser hospedados en países neutrales por prescripción médica, seguir a sus esposos. El doctor Vischer era de opinión que la probabilidad no era dudosa. Ya entonces se me había ocurrido la idea de echar mano a ese último recurso. Pero cuando más tarde pasó una semana y otra sin que se hubiera dado un paso más en la cuestión, abandoné esa esperanza.

Pero por fin el proyecto tan largo tiempo debatido se puso en ejecución. Una pequeña parte de mis camaradas de prisión había partido ya para Holanda y nos había enviado las mejores noticias. El campamento de los prisioneros civiles alemanes internados en Holanda se encontraba en las proximidades de Hattem, una pequeña localidad cerca de Zwolle. El que disponía de medios para vivir privadamente podía hacerlo. Los que no, fueron hospedados en barracas aireadas, pero durante el día podían abandonar el campamento y recorrer los alrededores. El trato era muy bueno, y después de los años terribles de la prisión, la residencia en esa localidad debió parecer a las gentes un paraíso.

A mediados de febrero partió un segundo convoy hacia Holanda. Luego debían ser internados en Holanda más de mil seiscientos hombres. Yo me había convenido seriamente con mi hijo y hablé también con los amigos y parientes que me visitaban. Todos me aconsejaron decididamente que aprovechara la ocasión y me hiciera apuntar para Holanda. Si hubiera tenido la garantía de que se le habría permitido a Milly seguirme, no habría vacilado un solo momento, pero como en eso no tenía ninguna certeza, vacilaba más y más. Por fin sólo quedó una ocasión. El 26 de febrero se recibieron informes para la última lista. Si desperdiciaba esa oportunidad, no había más esperanza por un tiempo considerable. Cedí, pues, a las incitaciones de mi hijo y de los queridos amigos de afuera y me hice anotar para Holanda. La investigación médica me fué favorable y el doctor Dove me dijo que podía contar con seguridad que sería incluído en la lista. Si hubiera podido hablar antes con Milly, la decisión me habría sido más fácil. Pero nuestra correspondencia necesitaba tanto tiempo que no había que pensar en ello. Debí dejar a su hermana, por consiguiente, que le explicara todo el día de la próxima visita.

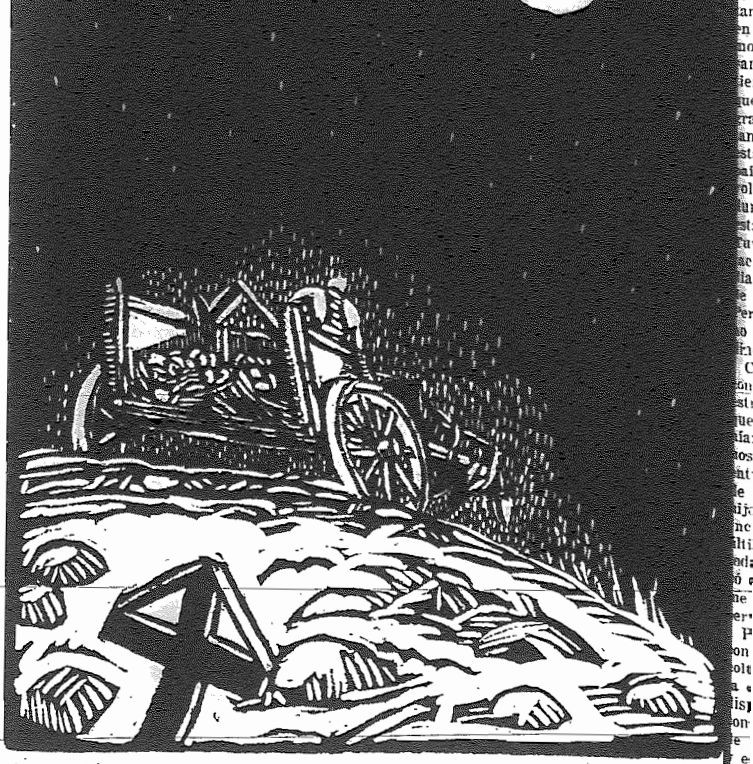
El 5 de marzo apareció la última lista con el nombre de aquellos que debían partir para Holanda. Mi nombre no estaba en ella. Poco después fué clavada la nueva lista de repatriación para Alemania en la tabla negra y mi nombre estaba allí a la cabeza. Me pregunté lo qué quería significar eso. ¿Había un error o se trataba de una intriga de la policía política? Sabía muy bien lo que habría significado para mí una repatriación bajo las circunstancias dadas. En Alemania, al menos mientras durase la guerra, no se me habría dejado libre seguramente, sino que se me habría enterrado en un cuartel o en una prisión, lejos del mundo entero y de los míos.

Pero ¿qué hacer? Podía ciertamente protestar contra mi repatriación a Alemania y pedir al comandante que borrase mi nombre de la lista. Pero esto no lo quería yo, porque no deseaba tener nada que ver con ese hombre. Además, una negativa eventual habría tenido que sentirla como un rebajamiento personal. Me consolé con el pensamiento de que así como así debía pasar por Holanda y no me podía imaginar que se me forzase a seguir a Alemania si quería quedar en Holanda. Hablé con mi hijo y diversos amigos sobre el asunto, y todos eran de la misma opinión. No teníamos sospecha alguna de cómo la guerra había trastornado todas las condiciones en el continente y colocado bajo su férula incluso los llamados países neutrales.

El 6 de marzo pronuncié mi última conferencia en el teatro, era la ciento treinta y nueve. Cuando dije al final algunas palabras de despedida a mis oyentes, cayó sobre toda la reunión como un profundo duelo. Yo mismo me sentía acongojado, pues en el curso de largos meses se había desarrollado entre esos hombres y yo una íntima relación y algunos de ellos me habían interesado humanamente también.

Al día siguiente me visitaron las hermanas de Milly, Polly y Rose, con el pequeño y mis viejos amigos Lazar y Millie Sabelinsky, para despedirse de mí, pues se nos había dicho que el transporte para Holanda y Alemania partía dentro de unos días. Fué una despedida dolorosa. Me sentía tan ligado a los queridos amigos con quienes compartí durante largos años dolores y alegrías, que la separación no me fué verdaderamente fácil. Particularmente penoso fué el pensamiento de que no vería en mucho tiempo al pequeño. Lo sabía en buenas manos, pero allí al menos había tenido la posibilidad de verlo cada catorce días un par de horas. También eso hubo que superarlo.

Después de las visitas se nos hizo saber que debíamos partir el 9 de marzo al campo de repatriación de Spalding. Nuestros compañeros de prisión organizaron una fiesta de despedida en el campamento, pero aquella velada no brilló por la nota de alegría. Un gran número de hombres valientes que se habían distinguido por sus servicios en el campamento, partían, entre ellos Fritz Poppe, el jefe de batallón de "C" y todos preveían ya lo que acontecería. Cuando al final de la fiesta hice uso de la palabra para decir algo a los compañeros de destino que quedaban, sentí justamente lo que había sido para esas gentes durante todo el tiempo. Vi todos los rostros llenos de preocupaciones y temerosos dirigidos hacia mí y leí en el apagado brillo de sus ojos lo que pasaba en el alma de cada uno. Algunos de los viejos no se esforzaban por retener las lágrimas.



Les hablé con palabras sencillas y les exhorté a no decaer, pues la terrible catástrofe no podía durar eternamente. Pero ante todo apelé a ellos para que no abandonaran superficialmente las conquistas que habíamos hecho mediante luchas tenaces e incesantes en el curso de los años, pues sólo así tendrían la garantía de superar las dificultades que aún les estuviesen deparadas. Y finalmente les grité un saludo cordial, expresando la esperanza de que conservaré un buen recuerdo de cada uno de ellos. Cuando terminé se levantaron todos de sus asientos y vinieron hacia mí en largas filas para cambiar aún un apretón de manos. Cuando volví a mi oficina por fin, encontré allí al viejo maestro Scharf que me esperaba para despedirse de mí. Los ojos húmedos del buen hombre me dijeron todo lo que había que decir. Me sentí conmovido por la adhesión delicada de ese hombre raro, que marchaba siempre modesto por su camino y ahora había venido para estrecharme la mano a solas.

Llegó por fin la noche. Las luces ardían débilmente y el profundo silencio dominaba alrededor. Mis compañeros de prisión yacían en sus bancos, aunque algunos de ellos no pudo encontrar reposo aquella noche. Yo permanecía aún en la oficina del batallón con mi hijo y Carlitos. Conversábamos en voz baja para no perturbar a los demás, cuando de repente llegó a nuestros oídos una canción. Era uno de los queridos camaradas de la sociedad de canto que no pudieron resistirse a cantarme a tales horas una canción de despedida.

En mi alma gravitaba una montaña. Aunque no tenía el menor sueño, me sentía sin embargo cansado y extenuado después de todas las escenas de despedida de las últimas horas. Sabía que mis camaradas de prisión me estimaban mucho, pero sólo entonces comprendí lo fuerte que era el lazo que me había unido a ellos. Pensé con un cierto rubor en todas las demostraciones de amor y de simpatía que había visto en las últimas horas. ¿Qué había hecho para merecer así la confianza de mis compañeros de

dolor? Ciertamente, no desperdicié ninguna oportunidad para sostener sus intereses. He llevado durante dos años la carga desagradable de la dirección del batallón y tuve que soportar más de un inconveniente personal por ello. Pero en resumidas cuentas eso era un deber que había asumido voluntariamente. Y con gran satisfacción pensé que tampoco esa labor fué vana. Tuve así oportunidad de ayudar a algunos de mis camaradas de dolor y de prestarles servicios que sólo se aprende a apreciar en la prisión. Más de una vez me pareció que era yo el punto central de todos los padecimientos personales y de los dolores del campamento. Conocí tragedias que nadie más sospechó, pues alguno de mis camaradas de prisión me abrió su corazón a fin de crearse un alivio. Los escuché a todos y les ayudé cuando pude y esa conciencia me causaba un gran bienestar.

El sueño huyó esa noche de mis ojos. La última noche. Apenas me lo podía imaginar. Todo me pareció como un larguísimo ensueño. Cuando despuntó el día me levanté de mis tres tablas, no pudiendo resistir más tiempo en mi lecho. También Rudolf se había levantado y pudimos estar algo solos en la madrugada. ¡Excelente joven! Con cuánta abnegación y ternura se asoció a mi todo el tiempo y cuánto se alegraba al ver abrirse para mí las puertas de la prisión. Estaba lleno de esperanza y firmemente convencido de que nos volveríamos a ver dentro de poco. Pero yo me sentía deprimido, ocultándole sin embargo las secretas dudas que me torturaban para no aguar su alegre estado de ánimo.

Después del desayuno fuí a las oficinas para despedirme del par de oficiales que había apreciado realmente durante mi prisión. El mayor Mott estaba muy agitado cuando me vió despedirme. Me dió su fotografía como recuerdo y me deseó felicidad en la nueva vida. Cuando me dispuse a marchar me dijo, de repente, como si hubiese adivinado mis pensamientos: "No tema por su hijo. Haré que no sea enviado a la Isle of Man, pues lo emplearé en mi oficina". Ha mantenido su palabra.

Cuando visité al lugarteniente Marley, el censor del Batallón "A", me hizo sentar a su lado y me preguntó cómo estaba en cuestiones de dinero. "No se sienta molesto, señor Rocker", me dijo amistosamente. "Cuando se ha estado tanto tiempo internado, como Vd., es natural que los medios se acaben. Me causaría un gran placer si quisiera aceptar como préstamo mío las diez libras esterlinas que le está permitido legalmente llevarse del país. Después de la guerra puede Vd. devolvérmelas". Había estimado al hombre durante la prisión como humano, pero no estaba preparado para ese ofrecimiento. Tuve que esforzarme por dominar mi agitación interior. Después le agradecí cordialmente y le aseguré que disponía ya de las diez libras legalmente permitidas. Pero no se dió por satisfecho hasta que no abrí mi portamonedas y le enseñé el dinero.

Cuando volví al batallón estaban mis compañeros esperando ansiosamente para estrecharme otra vez la mano. Aquellos que debían dejar conmigo el Palace estaban ya sus cosas listas. Un rato más y nos dirigimos a la plaza libre ante la entrada de la Eastern Hall; acompañados de los adioses de los que quedaban. Mi hijo, Carlitos, Lahr y la capitana me encontraban ya allí para saludarme por última vez. Cuando quedaron resueltas todas las formalidades, el mayor se acercó de repente a mi hijo y le permitió que me acompañase al tren. Ese fué el último servicio que me prestó este buen hombre.

Poco después sonó la voz de mando y con marcha rápida, entre una fuerte escolta militar, bajamos por el monte hasta la estación donde nuestro tren estaba ya dispuesto. Ocupé un departamento junto con Fritz Poppe, su hermano y otro par de amigos. Un nuevo abrazo con Rudolf, y el tren se puso en movimiento. Lentamente la estación desapareció de nuestra vista. Mis camaradas se encontraban todos en una alegre excitación, sólo yo no podía compartir alegría alguna. Me senté a la ventana y miré con el pensamiento perdido en la lejanía sin percibir nada. Los largos años de prisión reaparecieron nuevamente con una claridad atormentadora en mi alma y me pareció como si todo ello hubiera ocurrido al otro lado de la realidad. Pensé en Milly, en los de la había dejado en el Palace. Un sentimiento doloroso me invadió. ¿Hasta cuándo, hasta cuándo todavía?

Y luego se me presentó a la mente mi propia situación. Yo peregrinaba sin saber adónde. ¿Quién podía saber lo que me estaba deparado aún? Los camaradas que estaban a mi alrededor tenían un objetivo determinado. Unos regresaban al viejo hogar, los otros quedaban en Holanda, pero yo me dirigía a lo incierto. Un enorme vacío se me oponía como un abismo, dispuesto a devorarme. Sentí como si repentinamente me faltase la tierra sólida bajo los pies y fuera arrastrado por poderes desconocidos hacia lo insondable. Pero los amigos me interrumpieron en mis tenebrosos ensueños y me despertaron a la realidad. Fuera la primavera, y el sol reía con ardiente brillo desde el cielo. Todos reían, charlaban y se regocijaban. Hasta los soldados que nos acompañaban estaban contentos y no parecían observar nada cuando circulaban las botellas prohibidas.

Nuestro punto inmediato de destino era el campo de concentración de Spalding, donde debíamos permanecer aproximadamente una semana antes de continuar el viaje. Se nos había informado diversamente sobre el campamento de Spalding. Nada bueno. Se nos dijo que una parte del viejo estado mayor de Stratford dirigía allí el régimen y que se complacía en molestar a sus connacionales y explotarlos de la manera más desvergonzada. No esperábamos nada bueno, pero el pensamiento de que sólo permaneceríamos allí seis o siete días hizo que no se turbase la alegría. Fritz Poppe y yo nos habíamos convenido ya para resistir enérgicamente toda inconveniencia eventual.

Serían aproximadamente las tres de la tarde cuando llegamos a Spalding. De la estación hasta el campamento había un hermoso trayecto que hicimos a pié. La población nos miraba con ojos curiosos, pero sin ninguna hostilidad. Cuando llegamos al campamento, una vieja "Workhouse", comenzó el infinito registro y recuento usual, hasta que por fin tuvimos todo eso tras nosotros. El campamento estaba ya repleto de gentes venidas de Douglas y Knockaloe y en espera de poder continuar el viaje. Encontré algunos viejos conocidos que habían estado otro tiempo en el Palace, entre ellos mi buen amigo C., que se sorprendió mucho

La administración interna se componía casi exclusivamente de gentes de Stratford que habían estado antes en el Palace. Nos trataron con la mayor solicitud, esforzándose por hacernos todo lo agradable posible el par de días. Después de todo lo que habíamos escuchado, fué esa para nosotros una agradable sorpresa, pues nos habíamos preparado a lo peor. Abrimos los ojos, pero no pudimos descubrir lo más mínimo que hubiese justificado los rumores que circularon en el Palace sobre el campamento de Spalding. El campamento mismo estaba organizado de una manera muy primitiva y no ofrecía comodidad alguna. Pero con eso ya habíamos contado todos.

Cuatro días después de nuestra llegada — era el 13 de marzo, — tuvo lugar la investigación en nuestras valijas. El trabajo se hizo bajo la vigilancia de un inspector de detectives de Londres. Trajes nuevos, zapatos, ropa interior, así como cartas y fotografías no podían llevarse consigo. Pero la investigación no fué muy rigurosa. En particular los soldados eran muy sensibles al shelling que se les ponía en la mano clandestinamente. Yo no había traído intencionadamente mucho equipaje, para evitar inconvenientes. Cuando le llegó el turno a mi valija de mano, el inspector me dijo amistosamente: "Supongo que estará cansado de Inglaterra, señor Rocker". Lo miré asombrado, pero él sonrió alegremente y dijo: "Lo conozco por los mitines de Londres".

Me convencí de inmediato que justamente a mí me sometería a una investigación minuciosa, pero no sucedió así. Apenas se echó una mirada a mi valija. Hablé con el inspector después largo rato y no tuve nada de que quejarme.

El 15 de marzo fué finalmente el día de la partida. Por la mañana nos dirigimos al puerto de Boston, que estaba en las proximidades. Todos estábamos convencidos de que estando nuestro equipaje sellado, no tropezaríamos con nuevas dificultades. Pero íbamos a ver desagradablemente sorprendidos: Cuando llegamos a Boston oímos al bajar del tren gritos e insultos. Luego se nos hizo marchar como un rebaño de ovejas a un departamento de la estación donde debía tener lugar la revisión. Un joven lugarteniente y un número de soldados gritában y nos insultaban sin cesar de la manera más brutal y sucia. Especialmente el lugarteniente se comportaba como un po-

soído. Gritaba, insultaba, aullaba como un derviche, sin causa alguna, sin que existiera el menor motivo. Luego le tocó el turno a nuestros equipajes. Si alguno no encontraba de inmediato la llave, se le rompía el equipaje y se arrojaba sin miramiento todo el contenido en el suelo sucio. Los objetos nuevos fueron confiscados, otros hechos pedazos. A algunos de mis compañeros de prisión se les confiscó el cofre mismo, con el pretexto de que era nuevo. Luego allá ellos con sus cosas. Si la casualidad les era favorable y podían agenciarse un saco viejo de carbón para recoger en él sus enseres, podían darse por contentos.

Algunos fueron llamados aparte y tuvieron que desnudarse completamente para ser sometidos a una penosa revisión. Hasta se les investigó en el ano para ver si tenían allí algo oculto. Y todo eso tenía lugar en medio de injurias y de amenazas ininterrumpidas. Hasta entonces no había visto una escena tan irritante. Yo tuve suerte, pues nadie se preocupó de mí ni de mi equipaje.

Esa fué una buena despedida de Inglaterra que quedará en la memoria de todos los que la presenciaron mientras vivan. Después de las privaciones materiales y las torturas morales de una larga prisión, ligada a innumerables desalientos y a humillaciones personales, ese era el último acto. No es probable que el gobierno inglés tuviese conocimiento de esas cosas. Hay que suponer más bien que nos vimos entregados a la arbitrariedad brutal de un jovencillo falto de madurez que guerreaba a su manera con los hunos, pues una acción directa en los campos de batalla del continente le parecería demasiado peligrosa. Pero que un hombre tan irracional fuera encargado de una misión tan importante, era seguramente una falta grave.

Después de haber pasado por ese último trance se nos pasó al barco holandés "Sindora", que nos debía llevar a Roterdam. La mayoría de mis camaradas de destino estaban aún entorpecidos por el trato repugnante que habían sufrido en Boston cuando llegaron a la cubierta del barco. Pero tanto más maravillosa y tranquilizadora fué la acogida que se nos hizo allí. Las hermanas de la Cruz Roja nos saludaron de una manera cordial y se esforzaron por señalar a cada uno su puesto. No existía ninguna voz de mando ya, sino sólo palabras amistosas y amable comprensión. Muchos de mis camaradas no acertaban a definir lo que pasaba y algunos sentían cómo se les humedecían los ojos contra su voluntad. Se era aun seres humanos y se era tratado por otros como tales. Casi se olvidó todo el dolor y la penuria de los últimos años.

Como todos se apresuraban a conocer su camarote, me aparté con un amigo algo, a fin de dejarles la precedencia. Estábamos ambos en el parapeto del barco y mirábamos hacia el mar, cada cual sumergido en sus pensamientos sin observar lo que ocurría alrededor nuestro. Cuando nos volvimos, todos nuestros camaradas estaban acomodados. Solamente nosotros no sabíamos dónde estaba nuestro puesto. Habíamos con una hermana. Nos sonrió amablemente y nos señaló una cabina hermosa con dos camas. ¡Qué aspecto tenía todo, brillante, cómodo, elegante! ¡Y el blanco lienzo de las camas! Era realmente hermoso. Era como en aquellos magníficos tiempos que quedaban tras nosotros y con los cuales se soñaba alguna vez todavía. Después de haber admirado bastante la magnificencia, fuimos a la gran sala. En todas partes estaban las mesas cubiertas, con asientos cómodos, con un orden irreprochable y una limpieza holandesa. Fritz Poppe y un par de amigos tomaban ya un vaso de cerveza y nos saludaron con un grito alegre. Nos sentamos a su mesa y nuestras miradas vagaron por toda la sala. ¿Eran realmente esas las gentes a quienes la larga prisión imprimió su duro sello? Se veían por doquier rostros contentos y se escuchaban risas de júbilo. Parecía como si hubiera ocurrido una completa liberación de las almas. Sólo de tanto en tanto se observaba en algún rostro una temerosa duda y una mirada intranquila alrededor, como si quisiera reasegurarse de que todo era realidad y no un hermoso sueño que jugaba con sus sentidos.

Era ya cerca de la noche cuando el "Sindora" levó el ancla y comenzó a navegar a lo largo de la costa inglesa. El tiempo era tranquilo y el mar aparecía liso como un espejo. En cuanto comenzó

el crepúsculo se interrumpió el viaje y se echó el ancla en la proximidad de la costa inglesa. Yo estaba tan fatigado a causa de todas las impresiones del día anterior y de las dudas sobre mi próximo futuro, que me perseguían continuamente, que caí aquella primera noche en el "Sindora" en un sueño profundo y reposado que duró hasta la mañana siguiente.

El "Sindora" se encontraba ya de nuevo en marcha cuando subí a cubierta. El cielo era azul, el sol irradiaba cálidamente y una suave brisa rizaba levemente el mar. Nos dirigimos ahora a Holanda. La costa inglesa había quedado atrás. ¡Quién podía saber si volveríamos a poner los pies en ese país que se había convertido para algunos de nosotros en una segunda patria! Yo tuve que ocuparme seriamente de averiguar la posibilidad de que dar en Holanda. Ante todo había que sondear el terreno a fin de conocer dón de aplicar la palanca.

Entre el personal de abordo se encontraba un joven de aspecto muy simpático. Habíamos hablado ya un par de palabras, y encontré en él un hombre inteligente. Por consiguiente había que abordarlo hoy y, si era necesario, confiarle mi situación. Poco después de la comida lo descubrí en popa inclinado sobre la baranda y fumando su pipa. Me acerqué a él y trabé conversación. Hablamos de la guerra y fuimos poco a poco al socialismo y supe, alegremente sorprendido, que era miembro del National Arbeids Sekretariaat, la organización sindicalista de Holanda. Cuando le dije que yo era un viejo amigo de Domela Nieuwenhuis se alegró mucho y me respondió que oyó hablar a menudo de nuestro querido viejo. El camino, pues, estaba abierto y comprendí que podía hablarle francamente. Le confié mi situación y le rogué que me ayudase.

Manifestóse dispuesto de inmediato, y me pidió que lo disculpara por un momento, pues quería informarse de cómo estaban las cosas al respecto. Después de un cuarto de hora regresó y me dijo que legalmente, sin un permiso especial, no podía quedar en Holanda. Había hablado con unos camaradas y llegaron a la conclusión que debía hablar con el médico del barco, a quien podía confiarme tranquilamente, pues era un hombre de ideas libertarias que haría seguramente lo que pudiera.

Seguí este consejo y busqué al médico que causó en mí una impresión muy simpática. Me escuchó con atención cuando le expuse mi situación y me declaró entonces que estaba dispuesto a ayudarme, pero por el momento no sabía cómo podía hacerlo. Tenía que reflexionar el asunto y después me haría saber el resultado.

Entretanto se había puesto el sol y no continuamos por la costa holandesa. A la mañana siguiente me hizo llamar el médico y me declaró que el único hombre que me podía ayudar, sería su colega en la Casa de Emigración de Rotterdam, a quien podía confiarme tranquilamente. Esa perspectiva era floja, pero tuve que contentarme, pues no veía ante mí ninguna otra salida. Cuando llegamos a Rotterdam vino el cónsul alemán a bordo a saludarnos. Luego fuimos cuidadosamente controlados y dirigidos a la Casa de Emigración, donde teníamos que pasar la noche. Llegamos allí, las gentes destinadas a Alemania fueron separadas de las otras y acomodadas en una sala especial. Yo envié la misma noche un telegrama a Domela Nieuwenhuis rogándole que se apresurara a visitarme. Como supe más tarde, el viejo estaba entonces gravemente enfermo en cama y no pudo colmar mi deseo.

A la mañana siguiente tuve por fin oportunidad de hablar con el médico. Tenía desde el principio poca esperanza de encontrar alguna ayuda por esa parte, y mi previsión no me engañó. Cuando discutí al médico el caso mío, me dijo francamente que no estaba en su poder el ayudarme, pues se trataba de un acuerdo entre el gobierno inglés y el alemán y como súbdito de un país neutral no podía intervenir.

¿Y qué ocurriría si me negase a partir para Alemania? — le pregunté. — "Sólo puedo aconsejarle que no lo haga — respondió él un poco exasperado. Se le obligaría por la fuerza". —¿Es esa su última palabra? — le pregunté de nuevo. Calló un rato, luego dijo algo titubeante: "Me es imposible ayudarle, pero quiero darle un buen consejo que puede serle útil. Unas millas después de Rotterdam describe el tren que lo llevará a Alemania una curva que tiene que recorrer lentamente. Si se atreve entonces a saltar con cuidado para no sufrir daño alguno, nadie le seguirá. Cuando esté en seguridad, entonces no se le negará el permiso para quedar aquí".

¿Qué hacer? No sabía, naturalmente, si el hombre hablaba la verdad o si era sólo un medio para librarse de mí. Otra salida no la había. Todas las puertas de la casa de emigración estaban estrechamente vigiladas por soldados y me pareció imposible huir, tanto más cuanto que no conocía el edificio.

Serían aproximadamente las 11 de la mañana cuando se nos llevó al tren bajo un severo control. Yo ocupé de inmediato un puesto junto a la ventana para estar dispuesto en cualquier caso. Después de una infinita espera el tren se puso en movimiento. Tuve que dominar violentamente mi impaciencia. Los minutos me parecieron horas. Por fin, dos o tres millas más allá de Rotterdam fué cediendo la velocidad del tren más y más. Si hubiera sido por la noche habría podido contar con el éxito, pero en pleno día la cosa me pareció más que problemática. Sin embargo, ¿qué hacer? Era la última carta que tenía en mis manos y estaba decidido a jugarla. Espié un lugar apropiado para saltar. Cuando me pareció favorable el momento, abrí velozmente la puerta y salté del tren en medio del gran asombro de mis camaradas que no sabían lo que debía significar todo ello. Aunque salté bien, la velocidad del tren era aún tanta que fuí arrojado a tierra. Sentí, sin embargo, pronto que no me había lesionado — pues no contaba los rasguños en las manos y en las rodillas — y me puse rápidamente en pie.

Ante mí estaba el campo llano y cortado por un estrecho sendero, a donde dirigí mis pasos. Oí entonces un fuerte griterío tras mí y el sonido chillón de la señal de auxilio. Me dí vuelta presuroso y ví que el tren había parado. Eché a correr. Pero el griterío aumentaba detrás de mí, y cuando volví la cabeza levemente ví seis soldados holandeses que me perseguían a grandes pasos. Por desgracia se me opusieron tres camineros a quienes había llamado la atención la parada repentina del tren. La fuga bajo esas circunstancias me pareció ya imposible.

Los obreros que no podían saber naturalmente de qué se trataba, me cerraron el camino. En pocos minutos llegaron los soldados que me echaron mano y me volvieron al tren. Mis compañeros de prisión estaban todos en las ventanillas y seguían con expectación la escena. Muy pocos de ellos comprendieron de qué se trataba. Cuando llegamos al tren comenzaron algunos a protestar y a lanzar injurias contra mí. Pero fueron contenidos rápidamente por los otros. Se me llevó a un departamento especial donde se encontraban los sanitarios y las hermanas de la Cruz roja. Esas gentes me trataron con gran bondad y me ofrecieron un vaso de vino para repararme. Algunos me preguntaron por qué había intentado escapar. Les respondí brevemente y comprendieron entonces la conexión interna de las cosas.

Todo había terminado. Pensé en Milly, en los hijos y en todos los amigos que había dejado allá. Ninguno sabría lo que aconteció conmigo. Ese pensamiento me apenaba más que ningún otro, pues lo que ocurriría conmigo mismo me era completamente indiferente en aquellas horas. ¡Pero qué importaba el razonamiento! Las cosas sucedidas no podían darse por no sucedidas, y ahora sólo quedaba resistir el destino fueran cuales fueren las consecuencias. Las horas se deslizaron lentamente hasta que por fin hacia la noche llegamos a Gennep, la última estación holandesa. Poco después nos encontramos en tierra alemana. Antes de Hassum, la primera estación fronteriza alemana, el tren permaneció un tiempo parado. Tras una barrera había un número de niños pálidos cantando con sus delgadas vocecitas *Deutschland, Deutschland über alles*. Luego extendieron las manos y pidieron una limosna. Era un mal augurio.

En el anden de Hassum advertí un oficial alemán y algunos soldados, los primeros que ví después de veintisiete años. Tras una corta parada nuestro tren continuó hasta Goch, la verdadera estación de vigilancia fronteriza, que era nuestro punto inmediato de destino. Llegamos en menos de media hora. El tren quedó lentamente vacío. En la estación misma se encontraba la oficina de registro y de revisión, desde donde se expedían a las diversas regiones de Alemania los que regresaban de Inglaterra. Se nos llevó a un amplio local, donde se revisó minuciosamente nuestro equipaje. Los periódicos y los libros, en general todo trozo de papel escrito o impreso se nos quitó. Los objetos confiscados fueron metidos en cubiertas especiales y provistos de determinadas anotaciones. Se nos dijo que se nos devolverían si lo deseábamos unas semanas más tarde.

Cuando quedaron todos revisados de ese modo, se nos pidió silencio, pues el teniente primero quería dirigirnos unas palabras. Como supe más tarde, el teniente primero Merck, en Goch, era un pastor protestante que durante la guerra cambió la ropa talar por el uniforme militar y prestaba servicio en la frontera. El hombre habló de la gran guerra que se había impuesto a Alemania, de la Albión irreconciliable y de la victoria venidera. Nos dijo que en Alemania no lo encontraríamos todo como se habrían imaginado muchos. Cada uno debe llevar su parte de las privaciones generales a fin de que la patria sea capaz de hacer frente al enemigo. Luego nos hizo saber todas las formalidades que teníamos que llenar en lo sucesivo, pues aunque éramos libres no debíamos olvidar nunca que también la libertad debe tener su dueño si se quiere conservar la disciplina y el orden. Todo hombre razonable comprenderá eso, a lo sumo un "anarquista desequilibrado" no lo comprendería. Esa fué sin duda una estocada para mí, pues era evidente que el teniente primero había sido informado ya sobre mí y sobre mi intento de fuga. Después de ese golpe habló de que los ingleses hicieron a menudo el ensayo de introducir en Alemania por vía de la repatriación elementos obscuros y espías. Por esa razón el deber de un buen alemán es participar a las autoridades toda sospecha eventual. Finalmente preguntó aún si alguno de nosotros ha sabido tal vez contrabandear dinero inglés. Tal dinero debía ser entregado de inmediato, pero el gobierno alemán reponía su valor completo. Al concluir, el inevitable ¡Viva el Emperador!, y la cosa terminó.

Después de la arenga el teniente primero gritó de repente mi nombre, y me rogó que saliera al frente. Obedecí y fuí al centro del local. Me examinó atentamente de abajo arriba, luego me dijo no precisamente en tono hostil: "¿Qué tonterías ha hecho Vd.?" Me sentí terriblemente agitado después de todos los acontecimientos últimos y todo mi organismo anhelaba el reposo. Le respondí brevemente que por el momento, por motivos puramente físicos, no estaba en situación de informar sobre mi acción y que debía tener paciencia hasta mañana. Me había considerado todo el tiempo fijamente y es posible que haya comprendido que no era aconsejable penetrar hoy mismo en mí. "Bien — dijo en el mismo tono sosegado de antes. Estoy dispuesto a escucharlo á Vd. mañana".

Unos soldados nos llevaron a un edificio escolar que había en las afueras de la ciudad. Se había organizado parcialmente para ese fin, instalando allí un lugar de reposo para los que regresaban de Inglaterra. La cena nos esperaba. Era bastante frugal. Un pedacito de pan y una sopa de hortalizas que evidentemente había visto poca grasa. Al repartir la sopa se nos dijo que no dejásemos nada en la taza. Preferible es servirse dos veces, dijo la hermana, antes que dejar nada inutilizado. Eso era sin duda muy razonable, pero yo pude leer en el rostro de algunos de los compañeros de pena que no se manifestaban extraordinariamente complacidos por la situación de Alemania. No se había uno imaginado muy brillante la situación, pero no se había creído que estaban tan mal las cosas. Ya la primera noche me dijeron algunos que lamentaban no haber quedado en Inglaterra.

En el edificio escolar había dos salones provistos de camas. Pero éramos tan numerosos que no pudimos ser hospedados todos allí. Yo me encontré entre los que no habían hallado puesto. Un soldado nos condujo de nuevo a la ciudad y nos colocó en pequeños grupos en casa de diversos habitantes. Yo mismo y tres camaradas encontramos asilo en una especie de cochera. La instalación era muy primitiva. Una delgada capa de paja en tierra y además una manta cada uno. No estábamos mal acostumbrados y quedé satisfecho al poder extender por fin los cansados miembros. Aquella noche no dormí mucho. Toda mi vida pasó ante mis ojos y los pensamientos se seguían con precipitada fuga. Hacia la madrugada caí en un adormecimiento intranquilo del que fuí despertado pronto por mis camaradas. Nos lavamos junto al pozo y nos secamos con los pañuelos de bolsillo lo mejor que pudimos. Luego regresamos a la escuela, donde nos desayunamos con los demás. El desayuno consistía en un pedazo de pan con la llamada "mermelada" y un líquido indefinido al que se daba el nombre de café.

Después de haber comido nos dirigimos todos, guiados por un soldado, a la estación, donde reinaba ya una gran animación. La repartición de los que volvían de Inglaterra se operaba según un principio muy simple. A la llegada se nos preguntó a dónde deseábamos ir. Al nombrar una determinada localidad, se nos preguntaba por la dirección de algún pariente o conocido al cual telegrafiaba de inmediato un representante del puesto de vigilancia de la frontera. Si alguno no podía dar una dirección exacta, se telegrafiaba a las autoridades respectivas en demanda de informes. En cuanto llegaba una respuesta se proveía al viajero de un boleto, y en caso de que no dispusiera de medios se le entregaba una pequeña suma para el camino y podía partir con el tren próximo. Aquellos que no tenían absolutamente a nadie hacia quien dirigirse, quedaban algunos días en Goch desde donde se les enviaba de ordinario al campo de repatriación de Dortmud.

li se les indicaba algún trabajo y luego dían independizarse.

El resto procedía en la mayoría de los os sin ningún inconveniente y sin trasno alguno. Cuando llegamos a la esción había ya una serie de respuestas los telegramas de la víspera, de modo e muchos de mis camaradas pudieron andonar de inmediato Goch. Los demas rtieron durante el día o los días sijentes. Era raro que alguien tuviera e quedar en Goch más de tres días. lo en casos muy dudosos duraba más la rmanencia.

Eran aproximadamente las nueve de la ñana cuando apareció el teniente prio Merck. Nos saludó con un amable enos días y se dirigió a su mesa de bajo en medio de la sala, donde firba expedientes, escuchaba informes o partía órdenes. Yo estaba sentado en fondo del salón y esperaba las cosas e iban a suceder. Repentinamente oí e el teniente primero preguntó en alta z: "¿Está el señor Rocker ya aquí?" me acerqué a su mesa. Me saludó amamente y dijo: "Bien, señor Rocker, pienso que me querrá dar hoy infors detallados. Me permito rogarle que acompañe a mi despacho". Al decir as palabras se levantó de su asiento y le seguí a una habitación pequeña, exmadamente pobre en muebles, donde se sentó a una estrecha mesa y a mi e ofreció una silla.

Yo había reflexionado ya todo el tiem- lo que quería decirle y me había dedido por fin a participar o bien todo o n nada sobre mi persona y las causas mi intento de fuga. Cuando me miró espera de mi confesión le dije con voz me: "He reflexionado la cosa, señor tente primero, y quisiera saber ante todo n quién hablo. Si no debo ver en Vd. ás que al oficial prusiano no tendría vez ningún objeto el hablar, pues Vd. me comprendería con exactitud probamente. Está lejos de mí, naturalmente, quererle afectar. Quería simplemente nifestar que hay conformaciones espiuales que no son apropiadas para conerar los motivos y acciones de un home desde otro punto de vista que el de oficio. Por esa razón toda conversan carecería de objeto y no beneficiaa ninguno de ambos. Otra cosa sería pudiera hablarle a Vd. de hombre a mbre. En ese caso dejaría todas las sas consideraciones a un lado y le desbiría las cosas tal como son".

Me midió con una mirada característa como si quisiera leer en mi corazón. ve la impresión de que al principio se dió cuenta de lo que debía hacer. r fin dijo en tono tranquilo: "Bien, blame Vd. como de hombre a hombre. entaré comprenderlo".

Le expliqué entonces sin miramiento uno todo lo necesario sobre mi perna y mis ideas. Sabía que de un modo otro no tenía más que perder y estaba cidido a entrar en liza por mis conviccnes. Me declaré abiertamente anarista y no le oculté que a causa de propaganda revolucionaria tuve que andonar Alemania hacía muchos años. dije que había obrado todo ese tiem- ininterrumpidamente en pro de mis as, de cuya exactitud estaba más conncido que nunca. Le expuse mis opines sobre la guerra e hice resaltar mi nto de vista antimilitarista de una nera abierta. Después de haberle he- conocer mi persona y mis ideas, le claré las causas que me incitaron a nquistarme el internado en Holanda. dije que no tuve nunca el propósito hacerme repatriar a Alemania, que se había traído contra mi voluntad y esa era también la razón de mi into de fuga. "Y ahora lo sabe Vd. todo, concluí. No tengo más que decir y sóme queda esperar hasta ver lo que sue conmigo".

El teniente primero me escuchó todo tiempo con la más intensa atención. de comprender que mis palabras le bían impresionado fuertemente. Al car yo, permaneció él unos minutos en ncio. Luego me miró cara a cara y o: "Es la primera vez que oigo un mbre como Vd. ¿Y Vd. se llama realnte anarquista? —Sí, respondí. —Eso terrible, replicó. Por anarquía se ende un estado absoluto de desórden, ales condiciones no se pueden califiomo un objetivo deseable de la sodad humana".

Sobre lo que es orden y desorden sede tener diversa opinión", le respono. "Nosotros, por ejemplo, creemos que un desorden mayor que el que encarna la sociedad actual es evidentemente imposible. No sólo porque su supuesta moral cristiana está en la más flagrante contradicción con todo fenómeno de nuestra vida económica, política y social. La misma contradicción la hallamos en todos los dominios de la actividad social. El pan del uno es la muerte del otro. Y de tanto en tanto las disidencias sociales adquieren formas tan monstruosas que degeneran en catástrofes aterradoras. La funesta guerra es la mejor prueba de la exactitud de mi afirmación. Y tal estado de cosas no puede llamarse orden, de ningún modo. Si la palabra tiene un significado, sólo puede indicar una acción armónica de todas las fuerzas sociales. Pero ¿dónde se encuentra esa acción hoy? Por lo demás, no comprendo por qué debe ser tan terrible el llamarse anarquista. La convicción es lo más elevado que puede adquirir el hombre, sea de naturaleza religiosa, política o ético-natural. No le hubiera sido agradable seguramente que alguien le mintiera en lugar de decirle abiertamente la verdad. Y a mí me parece que la verdad debe estimarse siempre sin tener en cuenta de qué parte viene".

—"Ciertamente, prefiero que me diga la verdad — respondió. Pero las cosas sobre las cuales Vd. habla están fundadas en nuestra naturaleza. El hombre es imperfecto y el ideal más hermoso no podrá cambiar nada en esas cosas sin la ayuda de dios".

"Es un punto de vista que no comparto, repliqué, y esa es seguramente una de las causas principales por las que soy anarquista. Pero los defensores del orden social actual no obran de acuerdo a esa máxima. No se abandonan de ningún modo a la ayuda de dios, sino que tienen por el carro al creador en toda ocasión".

Siguió luego una conversación más animada sobre lo que yo entendía por anarquismo y sobre mi actitud con respecto a la religión, a la monarquía y a todas las demás instituciones sociales. Ví pronto que mi contrincante, aparte de las desfiguraciones usuales de la prensa burguesa, no había oído nada sobre esas cosas. Pero sería injusto con él si lo presentara aquí como un simple venerador de concepciones anticuadas. Poseía una cierta espontaneidad de criterio y una manera de interpretar las cosas que me afectaron simpáticamente, aun cuando estuviéramos diametralmente opuestos en ideas. Finalmente debió comprender que las ideas que yo defendía surgían de mi más profunda e íntima convicción y se apoyaban en experiencias que no podían desconocerse sin más ni más. Dió por consiguiente otro giro a la conversación, diciendo:

"No comprendo por qué se le ha internado en Inglaterra. Con sus ideas no se le podría considerar como un defensor del imperio alemán. —No se ha hecho por eso, según todas las probabilidades, respondí. Pero mi propaganda se dirigía contra toda unidad nacional del actual orden económico y estatista, sin diferencia de fronteras nacionales y políticas. Por esa razón se me arrestó y se me hizo inofensivo".

Hablamos todavía un rato sobre las condiciones en Rusia y sobre el internamiento de mi compañera. Al final me dijo francamente que ya había oído hablar de mí antes de mi llegada a Goch y precisamente por parte de los que volvían de Inglaterra y que han estado internados conmigo. "Algunos de ellos lo presentaron a Vd. como un diablo encarnado, — dijo riendo, — otros lo ensalzaron hasta el cielo y no supieron relatar bastante sobre la abnegación y la energía con que ha defendido los intereses de sus connacionales frente a la administración inglesa. Pero se nos contó también mucho de sus conferencias y se afirmó a menudo que había atacado de la manera más violenta al gobierno y al emperador alemán".

Moví los hombros y callé. "¿No quiere explayarse sobre esas cosas?" — preguntó. —¿Qué debo responderle? — dije. Es imposible que Vd. exija de mí que tome en serio todo lo que se ha difundido sobre mí y que me haga responsable de ello. He tropezado durante mi prisión con hombres que a causa de toda su conformación espiritual veían una alta traición en cada palabra pronunciada por mí o una injuria a su majestad. En mis conferencias he perseguido el propósito de obrar en pro de mis ideas. Que la tendencia de mis conferencias no habría sido grata al gobierno alemán, lo sabe Vd. ya, y no lo pongo en duda. Pero tampoco beneficiaban a ninguna otra organización estatal. Sobre el emperador alemán no hablé, pues los temas que tenía que tratar no tenían nada que ver con su persona".

¿Y si se le dejara libre? — dijo. Vd. sabe en qué situación apurada se encuentra nuestra patria. ¿Actuaría en pro de sus ideas teniendo presentes esas circunstancias terribles?

¿Qué podía responder? Si le hubiera dicho que no haría propaganda a causa de las circunstancias actuales, ¿me habría podido creer después de todo lo que le había participado? Y además habría sentido como una cobardía personal si hubiera arriado las velas ante esa franca pregunta de hombre a hombre. Le respondí por consiguiente clara y resueltamente: "Señor teniente primero, o se tienen convicciones o no se tienen. Para mí la convicción no es sólo el cáliz de la iglesia católica que se enseña en los días de fiesta a los fieles y luego se vuelve a guardar. Si me plantea así la pregunta no me queda más que responder: Sí, obraría también ahora en pro de mis convicciones si tuviera ocasión para ello".

Probablemente no habría esperado de mi otra respuesta. Me miró seriamente y se levantó con lentitud de su asiento — un signo de que nuestra conversación había terminado. Al dirigirme a la puerta abrió nuevamente la conversación el teniente primero: "Un momento aún, señor Rocker, dijo. Muchos de los que regresan de Inglaterra y que pasaron por nuestro puesto de vigilancia de la frontera nos contaron que en Inglaterra, a consecuencia de la guerra submarina, se hizo notar fuertemente la falta de víveres. Yo sé que tales informes sólo hay que recibirlos con precaución. Me sería agradable saber su opinión al respecto".

"Señor teniente primero — dije — estoy convencido que en aquellas gentes el deseo ha engendrado el pensamiento. Yo estuve internado y no puedo juzgar por mí mismo las condiciones en Inglaterra. Pero por los numerosos amigos que me visitaban regularmente sé que no ha existido penuria en Inglaterra. Se han racionado ciertos artículos, como la manteca, el azucar y el té, pero por lo demás el resto de los víveres se podían adquirir a voluntad."

Miró reflexivamente a su alrededor y dijo luego: "Yo creo que su juicio corresponde más a la verdad". Al volverse para marchar, le pregunté qué era lo que sucedería conmigo.

"Lo que sucederá con Vd., respondió amablemente, no lo sé. Sólo puedo informarle sobre los trámites de su caso. Con las deposiciones que Vd. ha hecho prepararé un informe que enviaré a la autoridad competente. En cuanto se decida su caso en Berlín, recibiré nuevas órdenes".

¿Y cuánto puede durar eso? pregunté. —"Tampoco sobre eso puedo decirle nada, señor Rocker — fué su respuesta. Pero como estoy convencido que me ha dicho toda la verdad, no será expuesto durante toda su residencia en Goch a ninguna especie de molestias, siempre que Vd. me dé su palabra de honor de que no hará ninguna especie de tentativa de fuga". Le dí mi palabra. Con ello quedó terminada nuestra conversación.

Era un mal consuelo el que me había dado el teniente primero, pero nada se podía cambiar en la situación; eso lo comprendí yo mismo. Lo que más me oprimía era el pensamiento de que ni Milly ni ningún otro de los míos recibiría de mí un signo de vida. Había desaparecido de repente del mundo para ellos, y ninguno sabría lo que había sido de mí. Por lo demás, no podía admirarme bastante de la manera tranquila y amistosa con que me había tratado el teniente primero. Había esperado otra cosa de Alemania, y mi sorpresa no fué por consiguiente pequeña. Y el teniente primero no había hecho ninguna excepción conmigo. Durante mi permanencia en Goch tuve ocasión a menudo de observarle. Tenía para cada uno una buena palabra y se comportaba también con los soldados bondadosa y cortesmente. Es verdad, no hay que olvidar que no era soldado de oficio.

Comenzó entonces para mí una serie de largos e inacabables días en esa pequeña ciudad. Había sido trasladado a la escuela donde comía y donde dormía. Todos los días iba dos veces a la es-

tación. Los soldados y sus superiores se comportaban muy bien conmigo. Cada uno de ellos estaba informado sobre mi persona. Probablemente les habían contado algo mis anteriores compañeros de prisión. Algunos soldados se me declararon socialdemócratas y buscaban siempre una ocasión de poder hablar conmigo. No pasó mucho tiempo sin que fuera conocido en la pequeña ciudad. Hasta el capellán católico manifestó deseo de conocerme y tuvo conmigo una larga conversación sobre la guerra y la actitud de los católicos en Inglaterra, etc. El tiempo que no pasaba en la estación o en la escuela lo empleaba en vagar por las calles o me metía en alguna fonda a descansar. Así se sucedían los días en indolente aburrimiento. Todas las semanas venía un nuevo transporte de Inglaterra. Esas eran para mí las horas más agradables, pues siempre encontraba una cantidad de viejos conocidos, entre otros mi camarada de ideas Albert Weisheit, que no se sorprendió poco de verme allí. Pero pocos días después los recién venidos habían desaparecido y quedaba de nuevo solitario en el salón de la escuela hasta que llegaba el nuevo transporte. Sólo un soldado se encontraba de guardia por la noche.

Uno de los fenómenos más raros que me llamaron la atención aquellos días era el cansancio general de la guerra que se evidenciaba en todos. Por todas partes se hablaba contra la guerra y se anhelaba con impaciencia la paz. Al principio me pareció extraño oír cómo criticaban la guerra los soldados. Involuntariamente me vino la sospecha de que se tenía el propósito de sondearme de ese modo. Pero reconocí pronto que esa sospecha era infundada. Se estaba sencillamente cansado de la guerra y no se tenía ya vergüenza en declararlo abiertamente. Pero la actitud de las gentes era completamente pasiva y no escuché ninguna palabra de indignación contra el gobierno. Era justamente el tiempo de la última gran ofensiva alemana en occidente, donde fueron asesinados inútilmente centenares de millares de hombres. Pero todo aquel con quien se tropezaba era de opinión que esa ofensiva debía hacerse para llegar a la paz. "¡Pero luego basta!", ese era el lugar común que se escuchaba por doquier. Entonces tuve el sentimiento que la guerra no podía durar ya. Pero se me hizo claro que la vieja Alemania había cesado de existir.

En ese tiempo hablé frecuentemente con el teniente primero. Conservó siempre su comportamiento para conmigo. Una vez me preguntó cómo pasaba el tiempo. Le dije que algo aburrido, pues aparte de los periódicos no tenía nada que leer. Entonces me dió su dirección privada y me rogó que le visitara para elegir algunos libros de su biblioteca. Acepté la amable invitación con alegría y tuve así al menos algo que leer para dominar mejor las horas ociosas.

También la hermana superiora de la escuela me trató con gran consideración, conversando con gusto conmigo. Cuando observó que no tenía qué leer, me trajo un gran número de novelas de Wilhelm Raabe y de otros. Y me chocó que retuviera un librito que por casualidad había caído entre los otros libros. Le pregunté qué era lo que guardaba, y me dijo que en todo caso yo no me interesaba por él. Le rogué que me mostrara el pequeño volumen. Era una carta biográfica de San Francisco de Asís. Pero cuando leí el nombre de la autora dejé escapar involuntariamente una exclamación de

asombro. "¡Fanny Imle!", dije extrañado.

"¿Conoce Vd. esa señora?" — me preguntó la hermana con curiosidad. Sí, le dije sonriendo. La conocí al menos. Pero hace ya más de diez años. Fué en Londres.

Era en todo caso durante su período revolucionario, cuando era aún anarquista, — dijo la hermana. ¡Oh! desde entonces ha hecho una gran evolución. Es una magnífica mujer, todos estamos entusiasmados con ella. Aunque está completamente ciega, da todas las semanas sus conferencias. Vive ahora en un claustro de Munich-Gladbach. Pero viene a menudo a Goch. ¿Le interesaría verla?"

"No, no, le dije. Si ha encontrado su paz no quiero perturbarla. Tal vez no le fuera agradable ser recordada por mí a su pasado." Yo había leído en Inglaterra que Fanny Imle se había vuelto socialdemócrata, pero no había sabido que la evolución de la ex anarquista hubiera llegado hasta el seno de la Iglesia. Rogué a la hermana que me dejara unas horas el librito y leí entonces lo que tenía que decir hoy la rebelde de otro tiempo. Pero el haber elegido a San Francisco de Asís como su santo favorito era por lo demás una prueba de que vivía aún algo de su pasado en ella, sin tener conciencia de ello quizás.

Así pasaron aproximadamente tres semanas y nada se sabía sobre mi destino. Una noche — era el 10 de abril — estaba de nuevo completamente solo en la sala de la escuela cuando de repente sonó el teléfono. Como nadie estaba allí, fuí yo mismo al aparato y pregunté quién deseaba hablar. "¿Está el señor Rocker presente?" — preguntó alguien en cuya voz reconocí al teniente primero. Soy yo mismo, señor teniente primero, respondí. —Oh, muy bien, respondió. Olga Vd., señor Rocker, la decisión de su caso acaba de llegar. Como usted ha estado más de diez años en el extranjero y durante ese tiempo no se ha hecho inscribir en ningún consulado alemán, ha perdido su nacionalidad alemana. Por esa razón se le rehusa la entrada en el país y debe regresar a Holanda. Venga mañana por la mañana a las nueve a la estación con su equipaje. A las diez parte el tren de la frontera holandesa. Todo lo demás lo agregaremos mañana."

Le agradecí cordialmente por el rápido informe, y le prometí ser al día siguiente puntual. Por mi cuerpo sentí algo así como un fluido. Apenas quería confiar en mis latidos y mi corazón latía violentamente en impulsos de libertad imposibles de dominar. Algo mejor no podía sucederme. Habría querido lanzar gritos de júbilo. El pensamiento de que al fin escribiría a Milly y a los amigos para sacarlos de la torturadora incertidumbre, me llenó de dicha. Sin duda mi ausencia de nacionalidad era sólo un pretexto para librarse de mí de esa manera. Muchos de mis antiguos compañeros de pena se encontraban en la misma situación que yo, sin que por eso se les hubiera rechazado. Pero eso me era del todo indiferente. Mi único deseo era marchar.

Al día siguiente me levanté temprano. En toda la noche apenas cerré los ojos, pues la alegría no me dejaba en reposo. La buena hermana me proveyó de una abundante merienda para el camino y se despidió cordialmente de mí. Cuando llegué a la estación el oficial estaba ya allí. "Señor Rocker, me dijo en cuanto me vió, ¿qué le parece la decisión?" —No habría podido desear una mejor en mi situación actual, señor teniente primero, le respondí. "Lo creo — dijo amablemente — y por consiguiente me alegro por usted." Me dió después un papel escrito que me serviría de identificación para las autoridades holandesas y contenía el siguiente texto:

"Certificación

El señor *Rudolf Rocker*, que regresa de Inglaterra, *sin nacionalidad*, es devuelto a Holanda por orden del representante del comando general VII.

Goch, Puesto de vigilancia de la frontera, 11 de abril de 1918.

Merck, teniente primero"

Cuando llegó el tren, el oficial me dió amablemente la mano y me deseó todo lo bueno. Después de él se acercaron todos los soldados y me estrecharon la mano con efusión. A las diez partió el tren. Contenía muy pocos pasajeros. Cuando llegamos a Hassum, la última estación fronteriza alemana, tuvimos que bajar a la revisión. Apenas puse los pies en el andén se acercó un señor a mí y me preguntó: "¿Es Vd. el señor Rocker?" —Sí, le dije. —Venga Vd. un momento a la oficina", —agregó. Me llevó a un pequeño local y quería justamente decirme algo cuando, de repente, sonó el teléfono. Mi acompañante se acercó al aparato: "Es el señor teniente primero Merck, de Goch, el que habla. Desea decir a Vd. unas palabras." Al decir esto me dejó su puesto en el teléfono.

"Ola, dije. "Es Vd. mismo, señor Rocker?" — preguntó la voz del teniente primero. "Imagínese qué casualidad. Acaba de llegar un nuevo convoy. Entre los recién venidos hay una señora que ha estado internada todo el tiempo con su esposa. Si desea hablar a la dama, puede volver con el tren próximo a Goch. Después de mediodía puede regresar a Holanda."

Quedé maravillado. Con gusto hubiera vuelto a saber algo de la situación de Milly. Pero durante los últimos días se había hablado de que se iba a cerrar la frontera holandesa-alemana por un tiempo. Tal vez me jugaba el destino una mala pasada y tenía que quedar en Alemania. Sentí instintivamente que no debía exponerme a ese peligro. Pregunté al teniente primero si la señora había dicho algo sobre la salud de mi compañera. "Su esposa está sana" — respondió alegremente. "Si es así, señor teniente primero, prefiero continuar mi viaje — le dije. Al mismo tiempo le agradezco de todo corazón por la amabilidad que me ha manifestado.

—Bien — respondió. Vaya usted con dios. Y más: vuelva usted un día a Cristo.

"Rápido, rápido, dijo mi acompañante. El tren parte en seguida. Tomé, corriendo, mi valija de mano y salí. Apenas había subido al tren, se puso éste en movimiento. Así fuí eximido por una rara coincidencia, de la revisión. Ciertamente en mí no habrían hallado lo más mínimo, pues yo no traía nada prohibido conmigo.

Una media hora después llegamos a Gennep. Cuando bajé del tren y me dirigí a la salida se me acercó un oficial holandés y me pidió el pasaporte.

"Pasaporte no lo tengo — le dije. Pero quizás le baste este papelito." Y le entregué mi orden de expulsión. El joven teniente leyó y releyó el certificado, meneando la cabeza como si le fuera incomprensible algo. Por fin me preguntó: ¿No es usted alemán? — No sé lo que entiende usted con ello — le respondí sonriendo. —Si ha nacido en Alemania, si sus padres eran alemanes, dijo. —Eso sí, respondí; pero había antes una ley en Alemania según la cual un alemán, tras larga residencia en el extranjero y bajo ciertas condiciones, podía perder su nacionalidad. Y en esa situación me encuentro yo."

"Nunca oí tal cosa, manifestó. Si usted es alemán no se le puede privar de su nacionalidad. —Pero Vd. ve en mi caso que tal cosa es posible, repliqué. —Sí, dijo, pero pude comprender que no se había convencido del todo. Me preguntó al cabo si le permitía hacer una copia de mi certificado. —Con gusto, le dije. Cuando tuvo lista la copia me preguntó si sabía que los extranjeros sin medios de subsistencia necesarios eran internados también en Holanda.

Respondí que no sabía nada de eso, pues durante todo el tiempo de la guerra había estado internado en Inglaterra. "Además dispongo por ahora de diez libras esterlinas y tengo bastantes amigos en Holanda que responderán por mí.

—¿A dónde piensa usted ir? — preguntó. — A Hilversum, respondí. — ¿Tiene allí amigos holandeses? —Sí. —¿Se puede saber quizás el nombre? —Si tiene interés en ello, con gusto. Voy a casa de mi amigo Domela Nieuwenhuis". — ¡Oh, lo conocemos! — dijo el joven teniente y se volvió de repente muy amable.

—Puede marchar tranquilo, nada le sucederá.

Tuve que esperar dos horas en Gennep hasta que partió el tren para Utrecht, y aproveché el tiempo para enviar a Milly una carta. En Utrecht hubo corta pausa. Eran aproximadamente cuatro de la tarde cuando llegué a Hilversum. Dejé mi equipaje en la estación y me fuí a pie a Scholkaan, donde vivía Nieuwenhuis. Era un hermoso día de primavera, y en mi corazón había también primavera. Sentía ondular en mí nuevas fuerzas y sabía que lo peor había sido superado. Cuando llegué a la casa, encontré al buen viejo en la pequeña baranda. Hacía más de diez años que nos habíamos visto. Se había vuelto blanco como la nieve y la edad había impreso su sello inconfundible en su cuerpo vigoroso. Nos abrazamos cordialmente y nos estrechamos mudamente la mano. La madre Bertha llegó pronto y me dió la bienvenida. Y comenzó el relato. ¡Teníamos tanto que decirnos, tantos pensamientos que cambiar! Yo no me cansaba de ver al viejo. Era un joven cuando lo ví por primera vez en Bruselas en 1891. Estaba entonces en la plenitud de su fuerza y sus atrevidas palabras en el segundo congreso de la Internacional Internacional hallaron en el corazón de los jóvenes una entusiasta acogida. Pero hoy era un anciano que estaba al borde de la tumba. Sus movimientos eran lentos y una mano temblaba sin cesar. Pero en el cuerpo consumido vivía aun el viejo espíritu y la misma voluntad tenaz que no pudo doblegar ningún poder. Era una rica vida la que se consumía allí lentamente, pero todavía, no obstante la vejez y todas las debilidades físicas, lanzaba los rayos de la indignación sobre la tierra, para abrir el camino a un porvenir libre. Una gran veneración me invadía al mirar a aquel anciano que lo había sacrificado todo a su ideal y que nunca se sintió desilusionado.

Y pensé en las luchas que se avecinaban y que la guerra provocaría inevitablemente. Estaba libre, por fin, redimido de las cadenas de la deprimente prisión que doblega los cuerpos y embrutece el espíritu. Un profundo sentimiento de satisfacción me invadió; estaba dispu-